ROUTE, hebdomadaire
de la F.I.J.L. en France
Année VI Prix 12 francs Nº 272
10 DICIEMBRE 1950
Rédaction et Administration
4, rue Belfort, 4 — TOULOUSE (Haute-Garonne)
Giros a Pablo Benaiges
C.C. Postal Nº 1328-79 Toulouse (Hte-Gne)

Ruta

órgano de la F.I.J.L. en Francia

CEDOC FONS A. VILADOT

Detenerse es retroceder, y cada paso atràs es principio de muerte; el porvenir solo pertenece al progreso.

E. HACKEL

El FRANQUISMO quiere pagar a INGLATERRA como los cuervos a quienes los crian

LA determinación que adoptó la O.N.U. a presión del capitalismo yanqui y «vis-à-à-vis» de la España franquista, encontró eco, como ya es sabido, entre la mayoria de los Gobiernos americanos que forman la constelación politica del Papa Truman. Pero entre los que, acaso por temor a enrojecer, apoyaron indirectamente—¿cuál es la mejor expresión de la diplomacia?—al fascismo hispano se encuentra el Gobierno socialista de la Gran Bretaña.

A este Gobierno le faltó sinceridad para proclamar su notoria desvergüenza haciéndose abiertamente padrino del verdugo español, y sólo lo hizo contribuyendo—como otros—a la fiesta celebrada en la O.N.U. en honor al franquismo con una inhibición que muchos puntos tiene de común con el célebre gesto de Poncio Pilatos. Solamente puede encontrarse la diferencia teniendo presente que Pilatos contribuyó a la ejecución de un hombre, y el Gobierno laborista contribuye a la de un Pueblo.

A España se pretende crucificarla internacionalmente, por segunda vez, porque España sigue siendo infinitamente más peligrosa que Cristo para los intereses de los modernos fariseos. Y aunque la crucifixión no es cosa definitiva, cabe decir, en esta ocasión, que los marxistas ministeriales de la Gran Bretaña han aceptado, flemáticos como siempre, el riesgo de su ridicula pirueta al pretender lavarse las manos en las fangosas aguas que tienen cauce apropiado en la O.N.U., desde que la O.N.U. existe.

En fin de cuentas, el laborismo inglés no ha logrado engañar a nadie, y su inhibición, que acaso exhiba un dia, como exhibió tiempos atrás el «Votar a Churchill es votar a Franco», para especular ante los cándidos electores, lo único que ha alcanzado ha sido un grito elocuente, hasta cierto punto melodramático, que han proferido los que todavia no han llegado a la conclusión de que el simbolo más genuino de la traición es la politica.

Y debe ser en virtud de la definición que antecede como Francisco Franco, primer inquisidor de la España moderna, ha decidido recompensar a quienes apenas hace un mes le facilitaron la ocasión de codearse con los que siempre manifestaron, con la mano en el pecho, en posición loyolesca, su disconformidad con el totalitarismo fascista. La recompensa no ha tardado en llegar: la Radio y la Prensa hispano-fascista nos la han dado a conocer mediante tremebundos insultos y agitadas llamadas contra la Inglaterra en cuestión y en pro de la reintegración de Gibraltar a la España franco-falangista. «Cria cuervos, y te sacarán los ojos», dice un proverbio conocido; y la verdad confirma que el cuervo franquista pretende ya, antes de aposentarse de las ventajas que le han brindado los Gobiernos entre los que se cuenta el inglés, sacarle un ojo al Imperio británico. No se puede, señores laboristas, ser benefactor de los cuervos, ni aun indirectamente.

¿Que Inglaterra no se inmuta? ¿Que no le preocupan los graznidos del cuervo español? Sin duda; pero acaso en tiempos venideros cambie de opinión, porque Franco—comprobado está—es jugador de ventaja.

El peñón de Gibraltar—que debe quererlo Franco para matar de hambre a sus habitantes—ha sido siempre una preocupación para los dictadores de todo calibre que han pasado por nuestra triste España. Y ahora, reconocidos los crimenes y el régimen de Franco como cosa de absoluta legitimidad, el enano fascista reclama a grito pelado lo que fué un fortin-clave del Mediterráneo.

El agradecimiento del «caudillo» es, pues, de la misma indole que el que de los cuervos cabe esperar...

La cosa no tiene verdadera importancia; que Franco reclame o no Gibraltar, se nos antoja similar al reconocimiento o no del régimen franquista por la O.N.U. Hace ya largos años que proclamamos que nada cabe esperar de los Gobiernos del mundo; y, sin embargo, tenemos una fe inmensa en nuestro Pueblo, que, a pesar de la tirania que sufre, volverá a tener una reacción revolucionaria como la que le animó el 19 de Julio de 1936.

"¿POR QUE ERES ANARQUISTA?"

Diez minutos con FEDERICA MONTSENY

FEDERICA se ha liberado de la sumisión que el verbo impone: sumisión que ata a la mayoria, condenada a intuir imágenes en la dolorosa impotencia para exteriorizarlas, para proyectarlas fuera de sí. El verbo tiene en ella una dueña y no una prisionera: fuerza, no inercia. Federica ha sabido forjar la palabra a su imagen y semejanza, venciendo el obstáculo que impide reflejar la intimidad: la palabra ha dejado de ser impotencia, aislamiento, limite y se ha convertido en una exacta traducción de la idea. Federica habla como piensa, los dos actos son uno solo. La pasión ha logrado conquistar el mundo del verbo.

Esa conquista hace que toda conversación con ella depare un particular encanto: enfrentarse con la espontaneidad — impetuosa sin ser frivola, ardiente sin cursileria — de quien posee el secreto que le permite traducir la imagen sumergida. Hablar con ella es sentir con ella: aunque se discrepe con sus palabras, aunque se discutan sus sentimientos.

Mi tarea — reportaje impertinente y, por impertinente, agradable — tenía pues varios atractivos. Absurdo hubiera sido resistirse a ellos, por lo que busqué sin tardanza la ocasión de una charla. Llegada ésta, resumí el objeto de mi indiscreta curiosidad. Y sus palabras comenzaron a fluir fácilmente, analizando causas y circunstancias que determinaron su entrega al ideal:

— Los que conocen mi vida y mis origenes — es decir, el hecho de ser hija de una familia de libertarios — pueden suponer que soy anarquista por la influencia sobre mi ejercida por los que me dieron el ser. Evidentemente, el medio que me rodeó y la influencia moral ejercida sobre mi por mis padres en el periodo de formación de mi personalidad y de mi conciencia, marcaron su huella en mi. Sin embargo, mis padres tuvieron el gran tacto de no influenciarme en nada, por lo menos de forma visible, dejándome buscar y elegir libremente mi camino. Quizás por esta libertad que se me dejó, fuí anarquista.

— ¿Y cómo llegó esa libertad a adquirir una dirección precisa? — pregunto.

— Leí mucho. Tuve una infancia retirada y solitaria. Por mi carácter un poco timido y hosco, por una precoz madurez de mi espiritu, por el hecho de vivir en el campo durante mi infancia y mi adolescencia, no tuve ni tiempo ni ocasión de contraer amistades ni de tener distracciones, o no pudieron contentarme las amistades banales propias de mi edad ni las distracciones asimismo propias de la primera juventud. Reflexioné mucho y me enriqueci espiritualmente, alimentándome con grandes lecturas ennoblecedoras Cosa extraña, los que ayudaron a formar mi alma anarquista no fueron anarquistas. Mis primeras influencias literarias y filosóficas fueron Pi y Margall, Romain Rolland, Pompeyo Gener. Y después, la gran borrachera de Nietzche, a la que no ha escapado casi ninguno de nuestra generación. Luego me equilibré, bañándome en la gran nobleza de alma y la profundidad de pensamiento de Guyau.

Hay un breve silencio. Federica se concentra unos instantes y prefiero no cortar su reflexión. Ella continúa:

— Al irse desarrollando mi personalidad de militante y perfilándose los rasgos distintivos de mi carácter: idealismo, mezclado a sentido práctico, me sentí identificada con Bakunin y con Malatesta, cuya lucidez, mesura y claridad he admirado siempre... Y fuí anarquista porque vi en el anarquismo la idealidad más avanzada y la concepción más elevada del hombre y de la vida. Porque, después de leer a los teóricos del marxismo y de seguir la evolución filosófica de Sócrates a nuestros días, me pareció la filosofía anarquista la que sigue la línea evolutiva y ascensional del pensamiento y de la aspiración humana a la libertad, a la felicidad y a la justicia.

UN REPORTAJE DE *Luis Zurbaran*

— Dejando ahora aparte — digo — el aspecto estrictamente intelectual de tu evolución, ¿hubo otros factores que determinaron su desarrollo en el mismo sentido?

— Fuí anarquista, por el íntimo y profundo anhelo de justicia, instinto de justicia, en mí muy desarrollado y muy fuerte. Fuí anarquista por atracción sentimental hacia todas las figuras heroicas del anarquismo, en las que he visto la actitud viril del hombre, encarado contra toda idea de dominio y contra la encarnación máxima de la idea de dominio: el Estado. Fuí anarquista, porque me entusiasmaban y me enardecían sus hombres enfrentados con la sociedad, desafiándola y muriendo muchas veces en esa lucha desigual y grandiosa. Amé y admiré a los Henry, los Ravachol, los Czolsgoz, los Bresci, los Angiolillo, los Wilckens, todos los héroes, que, solitariamente representando la voz y el brazo de una minoria rebelde y activa, aplicaban la justicia inmanente y contestaban a los abusos del Poder con su acción desesperada, en la que fatalmente debían perder la vida...

Aprovecho una pausa para pedir una precisión:

— Has hablado hace un momento de un anhelo de justicia, en ti profundamente arraigado. ¿Cuáles fueron sus reacciones ante el ambiente, ante la sociedad que te rodeaba?

— En contacto directo con la miseria de los trabajadores, con la indigencia de los campesinos, con las grandes tragedias proletarias, a su lado veía, sublevándome ante el espectáculo ,la vida ociosa y fatigosa de los privilegiados El propio medio familiar pintoresco en que me desenvolví — relaciones intelectuales de mis padres, roce y relación con burguesía liberal, a la vez que convivencia directa con el pueblo obrero y el campesinado — ayudaron a crear en mí, junto a la conciencia moril hija de la cultura ,la rebeldía y la protesta ante la injusticia y la desigualdad. Y fuí anarquista buscando el medio de organizar mejor el mundo y de dar otras bases más equilibradas y más éticas a la sociedad...

Otro silencio que ella misma se encarga de romper, prosiguiendo:

— Y he sido anarquista por voluntad reflexiva y consciente ,y por impulso instintivo y por temperamento indómito y libertario.

— ¿Crees que ese temperamento, esas disposiciones, podrían haberse adaptado a otras normas y a otros ideales?

La respuesta llega firme y tajante, acompañada con un elocuente gesto categórico:

— Creo que soy anarquista porque no podía ser otra cosa ,estando hecha moralmente como estoy... No cabía en otro molde más que en este molde tan amplio. Toda otra idealidad transitoria, toda otra colectividad moral, me hubieran asfixiado y me habrían dejado insatisfecha .

Ya en la calle, lejos de Federica, sus palabras conservan presencia. Y el eco continúa todavia.

Este artículo que reproducimos hoy apareció en el primer número de RUTA, el 15 de octubre de 1936.

*

LA LEY Y LA VIDA

AQUI, en la quietud y en la soledad de mi cuarto, en esa soledad que me ayuda a pensar, he sorprendido una conversación, surgida del fondo de mis pensamientos. Estoy solo, ensimismado y concentrado en mí mismo; de repente, un murmullo llega a mí. La Vida y la Ley discuten. Oigámoslas:

LA LEY.—¡Hola! ¿Quién eres tú, que pretendes anularme con el brillo de tu hermosura?

LA VIDA.—Soy la Vida, y eso que tú crees una pretensión será una realidad algún día.

LA LEY.—¿Pretendes anularme tú, cuando tu inseparable hermana, la Ley Natural, se ha humillado ante mi poder, ante mí, su hermanastra?

LA VIDA.—Te equivocas. Para humillarla tendrías que matarme, y eso es imposible. Existes ahora porque la locura y las bajas pasiones, que tú defiendes porque te sostienen, se han apoderado de los hombres; pero tu reinado será efímero.

LA LEY.—¿Te olvidas de que tengo unos defensores incondicionales, que son la Ignorancia y la Tiranía?

LA VIDA.—Esas desaparecerán contigo, el día que los hombres aprendan a amarse...

LA LEY.—¡Ilusa! Los hombres honrados necesitan de mí para defenderse del desbordamiento de las pasiones de los malos.

LA VIDA.—No; eres tú quien necesita de su ignorancia para existir.

LA LEY.—¡Sin mí, el mundo volvería al caos!

LA VIDA.—Sin ti, sería un paraíso. Tú creas castas, y éstas, a su vez, crean odios. Estás obligada a desaparecer. El Porvenir y el Amor aun acabarán contigo. ¿Qué esperas? ¡Vete! Representas y defiendes a la explotación y al odio. Eres el antídoto del amor y de la fraternidad ante los hombres. Te basas en el crimen y la miseria. Eres seca y rígida como la muerte misma... ¡Vete! Es el amor quien renovará al mundo, y tú eres la fiel representante del odio de los poderosos.

*

La Ley no contestó y se fué, entre el crujir de los huesos rotos y los gritos de dolor de los condenados por ella. La Vida quedó en mí, animándome dulcemente a la fraternidad y al amor...

Los hechos y los días

CONFESION DE CULPAS

MAL profeta he sido. Hace unas semanas, dejàndome llevar por el optimismo — o por el pesimismo : habría que discutir el punto — hablé de una inminente paz coreana. Mi error de entonces tuvo sus excusas: las noticias de aquellos dias hacian licito preveer el fin de las hostilidades, o al menos el principio del fin; daba la impresión de que no existian ya más coreanos del Norte resignados a morir, y de que el avance estadounidense — rectifico: **onuense** — había alcanzado su objetivo máximo.

Y he aquí que el tiempo se burla de mis pronósticos Continúan las hostilidades, se reproducen los coreanos del Norte resignados a morir — y a matar como es lógico —, aumenta el fragor de la batalla y el avance estadounidense — ver rectificacin anterior — se convierte en retroceso. Todo ello me obliga a reconocer mi fracaso como profeta: he confiado ciegamente en la lógica, sin comprender que la lógica nada tiene que ver con Corea, ni con las batallas, ni con el deseo de morir, ni con el deseo de matar.

Pero no me resigno — quede eso para los coreanos — a mi condición de falso profeta; el amor propio, si no otra cosa, me lo impide. Como todos los fracasos, también el mío puede justificarse: no por completo — me guardaré esta vez de ser ingenuo — pero al menos en parte. Veamos cual es el atenuante, en la esperanza de obtener piadosa indulgencia a la falta cometida.

Parecióme el drama de Corea una obra a punto de terminar. Tres actos se habían desarrollado — los suficientes para que el público comenzara a bostezar — y crei entonces poco probable la entrada de nuevos personajes. ¿No eran bastantes ya los que hasta ese momento habían aparecido? El reparto parecía agotado: fuerzas de Corea del Norte, fuerzas de Corea del Sur y fuerzas de la O.N.U. Es decir, los tres protagonistas imprescindibles a una buena tragedia.

Mas había olvidado — mi ignorancia en materia teatral es completa — que el cuarto acto suele ser tan pródigo como el primero en nuevos personajes. Y así sucedió en Corea: para mi desgracia, para desgracia de la paz y para desgracia del público que había comenzado a bostezar. En cuanto el telón se hubo levantado, los tres protagonistas se convirtieron en cuatro: milagro de esa generación espontánea que siguiendo a Pasteur, la ciencia moderna se empeña en no aceptar

Fuerzas de Corea del Sur, fuerzas de Corea del Norte, fuerzas de la O.N.U. y fuerzas de la China. (Aclaro, para evitar confusiones, que toda semejanza entre **O.N.U.** y **U.S.A.** es mera coincidencia). El reparto tuvo que dar cabida a un nuevo intérprete, personaje central en una obra recientemente terminada, con la entrada del cual el argumento adquirió otro rumbo: para decirlo en términos marxistas, los cambios cuantitativos determinaron cambios cualitativos.

Las fuerzas chinas, en efecto, no se caracterizan por su devoción hacia las Naciones Unidas. Y de ahí que su aparición en la escena coreana haya sido recibida con escaso entusiasmo por parte de Mac Arthur y Sygmann Rhee: escaso entusiasmo traducido en ofensiva, destinada esta vez a obtener un desenlace inmediato y categórico. De no serlo así, existiría la posibilidad de un quinto acto; y eso sería un verdadero atentado de leso teatro.

Sin embargo — y la tradición teatral me perdone — todo parece indicar que el drama no se conformará con cuatro actos. Ni el mismo Mac Arthur toma ya en serio su promesa de "Navidades de paz": la marcha hacia adelante se ha transformado en marcha hacia atrás, pudorosa en principio y descarada después. ¿Para cuándo el desenlace? Prefiero no contestar: mi anterior profecia me ha dejado una dolorosa experiencia.

Valga pues la crónica como intento para justificar mi falso pronóstico: como buen fracasado, he querido atenuar mi responsabilidad. Corea ha sido una burla — sangrienta y cruel, no es obvio recordarlo — a la candidez de un iluso que se atrevió a creer en la lógica. "Errar es humano", dice el proverbio. Y también es humana la candidez.

Martín Fierro

EL MUNDO DESDE NUEVA YORK

El gusto por la aventura. - Argonautas infantiles

ESPEJISMO DE LOS MILLONES

CLARO que no es novedad la inclinación infantil por la aventura, pero en estos últimos tiempos se han multiplicado de manera alarmante los niños que abandonan hogar y escuela para echarse a correr mundo, como en los cuentos de Saturnino Calleja.

Creo que el gusto por la aventura es exclusivo de la edad primera; los grandes aventureros, en resumidas cuentas, no fueron otra cosa que niños traviesos, niños completos de vitalidad sin empleo ni cauce, ni dirección ni objeto, que gastaban esas energías sin ton ni son, persiguiendo quimeras o realizando hazañas que muchas veces los llevaron a la gloria, a la riqueza... o a la càrcel cuando no al patíbulo.

Con los pueblos ocurre tres cuartos de lo mismo. Ahí està Rusia, gran reserva de vitalidad dormida, pueblo infantil porque casi primitivo y semi-bàrbaro, lanzado a la gigantesca aventura del Imperialismo Comunista Mundial; y ya vimos a Italia, lírica nación eternamente juvenil y alegre, entregarse de lleno a la aventura del tiempo, pueril y terrible, amante de los grandes especàculos disciplinados, darse por entero a la fabulosa aventura del nacional-socialismo; y ahora estamos viendo a Estados

Alejandro SUX

Unidos, pais grandulón, muchachote fuerte y rico, niño gigante que se divierte con rascacielos y trusts, risueño y optimista, que se lanza de cabeza a la tremenda aventura del imperialismo democràtico, industrial y libertal, al mismo tiempo, arrastrado o empujado por una convicción generosa de que la Providencia le destina a realizar la felicidad del mundo por medio de los radios, las televisiones, los refrigeradores, los lavaderos eléctricos y los alimentos en conserva... Todos ellos tienen de común el gusto desmedido por el oropel y la teatralidad, aunque cada uno a su manera; a todos ellos les encantan los espectàculos visuales y auditivos, que son los que también encantan a los niños y los salvajes, esos hombres-niños. Las aventuras politicas de los últimos años no prosperaron màs que en los paises mecidos por la mùsica de las orquestas y fascinados por el ritmo visual de los movimientos de conjunto.

Las naciones razonables y maduras no corren tras mariposas brillantes. El socialismo inglés es el equivalente a la actitud del viejo millonario venido a menos que se resigna con una pensión vitalicia, segura y modesta. A Francia se le acabó el gusto por la aventura y no sabe cómo liquidar ese inmenso imperio que realizó en sus años juveniles. ¿Pero se imagina una Suiza, una Suecia, una Dinamarca, ensayando «ismos» politicos? España es demasiado adusta a pesar de la fama que le da su sangre àrabe, para hacer hoy las locuras que

(Pasa a la pág. 2.)

DURRUTI y la violencia

CERCA de Barcelona, en el campo, lejos del "mundanal ruido", residia mi amigo. Era la suya una existencia sosegada. Leía bastante, buscando siempre los buenos libros, las obras cuyo contenido alcanza valor perdurable. Amaba la lectura de Platón; esos diálogos socráticos, ungidos de serenidad, henchidos de sabiduria. Sócrates fué hombre de razonamiento; rehuia todo aquello que ofrece un carácter de dominación, todo lo que apunta con visos de violencia en la vida de los seres. Y, si soportaba el carácter irascible de su esposa, Xántipa, con estoica paciencia, era, según les decia a sus discipulos, por así ir habituando y fortaleciendo el carácter contra toda suerte de contrariedades.

Era mi amigo hombre reflexivo, poco propenso a la excitación, al apasionamiento obcecado; pacífico por temperamento. Se complacia en leer y meditar las ideas de Tolstoy contra la guerra, y en disconformidad con toda violencia. De Tolstoy, habia seleccionado luminosos pensamientos, anotándolos en cuadernos, y reteniendo muchos de ellos en la memoria. La vida entre los libros le complacia en grado sumo; resultábale más interesante, más original que el roce, la convivencia, la relación con la mayoría de las gentes, tornadizas, volubles, rutinarias. Y siempre en pos de aquellos autores, de una apreciación más moralmente elevada en lo concerniente a la humana existencia deleitábanle las páginas de Han Ryner, tan sutil en sus juicios, hondamente humantarios ,estrechamente emparentado, con el sentir de los grandes pensadores estoicos de la antigua Grecia. También en las obras de Han Ryner halló caudal de ideas admirables. De autores, antiguos y modernos, iban nutriendo su biblioteca volúmenes y volúmenes. Siempre eran las obras en las que predominaba una concepción serena, pacifista, de la vida, aquellas que más se complacia en leer. A este respecto, y entre

FONTAURA

los autores contemporáneos, era Bartolomé de Ligt el que consideraba más documentado. El conocido escritor holandés, despliega en sus libros vasta erudicción, las citas, las alusiones en pro de sus concepciones, adversas a la guerra y a la violencia abundan profusamente. De cuanto en sus escritos pone de relieve, se evidencia la incompatibilidad de la razón, del buen sentido, con el uso de la violencia. Ni colectiva, ni aquella que tiene un carácter individual, sean unos u otros sus fines ,admite Bartolome de Ligt que se dé beligerancia a la violencia.

Mas, el amigo en cuestión, por unas y otras circunstancias, tuvo que entrar de lleno en el torbellino de la vida social. Residia en la ciudad, y en época de turbulencias reivindicadoras. Comprobó entonces que el razonar de los libros, de **sus libros**, era bastante diferente a la realidad, unas veces trágica, y otras grotesca. En la ciudad fué conociendo el modo de ser de quienes, en el fragor de las luchas sociales, bregaban en pos de la humana redención, sembrando ideas de rebelión en el seno de los sindicatos y en la sombra cautelosa de la clandestinidad.

Entre aquellos hombres, sedientos de justicia, destacaba, por su energía, por su constancia, por su valentía, Buenaventura Durruti. En él podía personificarse el impulso, el ímpetu emancipador de aquellos obreros que, en pos de los más elementales derechos, tales como la libertad de asociación, se enfrentaban con frecuencia con la chusma policiaca. Contra la actividad sindical y los efectos proselitistas de la ideología libertaria el Estado y la burguesia habian reclutado, de los bajos fondos sociales, a individuos sin escrúpulos: eran los "pistoleros", bien pagados y con carta blanca para asesinar a elementos a quienes la Federación Patronal consideraba tenian ascendiente entre la masa obrera El ambiente de violencia, creado por los estamentos rectores de la vida político social, originó como réplica; como justificada acción de defensa, la violencia de aquellos que, por el hecho de tener ideas de justicia y libertad, estaban considerados como delincuentes. Durruti era un excelente mecánico-ajustador, y como tal, apreciado en dondequiera que trabajaba. Mas, poseia sentimientos de rebeldía; no consentia ser víctima de la rapacidad patronal. Y, siendo de un natural afable, bondadoso, sencillo, puso el mayor tesón en la lucha violenta contra quienes antes había desencadenado la violencia.

Pasaron los años, Durruti sufrió deportación, destierro, temporadas de cárcel. En todas las ocasiones sem-

(Pasa a la pág. 2.)

Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General

NOVELAS de nuestro siglo

"El Chico Lonigan"

de James T. Farrell

"...Y le parecía que éste era un punto de partida en su vida, y desde ahora todas las cosas iban a ser buenas. Siempre había sentido que alguna vez le sucedería algo, y que eso daría un rumbo nuevo a su vida. Y esta era, justamente, la que lo iba a hacer cambiar: era Lucía. La vida iba a ser digna de vivirse ahora, iba a ser diferente y más hermosa que lo había sido antes..."

Libro II — Capítulo IV).

JAMES T. FARRELL, según nos advierte la Editorial Ercilla, ha sido presentado al público por Waldo Frank. La personalidad literaria de éste, se impone como firme garantía de la obra que ha sido respaldada por su juicio aprobador. Abordase entonces "El chico Lonigan" con una predisposición favorable, inclinada a aplaudir un libro que ha merecido el apoyo de Frank. Sin haber leído antes nada de Farrell — ignoro incluso si hay traducción castellana de otra novela suya —, la lectura de su obra era el descubrimiento de un autor desconocido; lógico preveer, pues, conociendo la autoridad indudable de su crítico entusiasta, una sorpresa alentadora y quizás admirativa. Farrell era un mundo nuevo que atraía aún antes de penetrar en él.

Terminada la lectura — tal vez ya en las primeras páginas — el descubrimiento se torna en penosa certidumbre de fracaso parcial. Farrell es novelista que no posee dotes dignos de mención especial; sin ser la suya una obra carente de todo valor apreciable, dista mucho de reunir las condiciones necesarias para que pueda considerarsela como un ejemplo susceptible de equipararse a las buenas producciones de la literatura actual. Desconcierta pensar que Waldo Frank haya podido elogiarla, presentándola al público en calidad de novela representativa de la época, cuando es en realidad uno de los tantos candidos esfuerzos para exhibir un talento que no existe y una maestría que no logra alcanzarse. "El chico Lonigan" es libro que se lee con agrado — siempre que no se espere de él más de lo que puede dar —, pero cuyo valor no pasa de ser mediocre; característico, además, de una producción novelística modesta y sin trascendencia alguna. James T. Farrell pese al ingenuo entusiasmo de Waldo Frank, es un creador sin mañana ni horizontes: el presente no le escucha, y el futuro le ha vuelto la espalda.

La novela es un relato de ambiente infantil. Imposible leerla sin recordar otra obra moderna de ese género: "Los chicos de la calle Paul", de Ferenc Molnar. E imposible abstenerse de hacer una comparación entre una y otra, cotejando a la ligera méritos y defectos del novelista húngaro y del americano. El libro del primero, lleno de altibajos y sin la menor pretensión de profundidad psicológica, tenía sin embargo el encanto de una narración fresca, pujante, ingenuamente optimista. La obra de Farrell, en cambio, parece aspirar a algo más hondo y de más vuelo. no se conforma con una simple evocación de la vida infantil — único objetivo de "Los chicos de la calle Paul" —, sino que se esfuerza por presentar un profundo estudio del alma de un niño. Tal aspiración le hace perder el sólo atractivo que podía haber tenido: fracasado el estudio psicológico, no le queda ni siquiera el mérito que caracteriza a la novela de Molnar.

James Farrell ha abordado el período crítico de la infancia: aquel en que el niño siente dentro de sí mismo una fuerza nueva y hasta entonces desconocida, fuerza que marca el comienzo de la adolescencia. La elección de ese período demuestra, por parte del autor, lo ambicioso de la empresa que está dispuesto a acometer. Porque es precisamente esa una de las etapas más complejas y menos conocidas por las que pasa el hombre, ofreciendo así un ilimitado campo a la observación. Los quince años marcan en la vida una transformación — brusca a veces, pulatina en otras, inflexible siempre —, en que la niñez deja paso a la adolescencia; tambaléase el mundo de la infancia y, al sofocarse en él, el adolescente escoge a tanteos los escombros con que ha de construir su nuevo universo. Se ve obligado a abandonar muchas ideas, muchas verdades que hasta entonces habían sido inconmovibles; y debe reemplazarlas por otras, de distinta base y distinta esencia: el nuevo mundo estará hecho de un material diferente, más próximo ya a la descarnada realidad que no puede eludirse y que se irá acentuando poco a poco durante la adolescencia.

Studs Lonigan, eje en torno al cual gira toda la trama novelística, atraviesa esa etapa crucial. Siente entonces que su vida de antes no ha dejado en él ninguna norma aprovechable para el futuro; en ese sentido su niñez ha sido estéril: carece de toda experiencia para enfrentar el nuevo período — y la necesidad de éste no puede discutirse, porque surge de lo recóndito de su ser. Todo ha cambiado — bien lo sabe él —, y todo ha cambiado en una dirección que hace inútil el aprendizaje anterior. Se encuentra solo, desnudo, aterrorizado casi, ante una vida que le exige de continuo una respuesta y una actitud: su único recurso es la improvisación, la actividad puesta en práctica al azar, sin tener punto de partida ni orientación previas. Da la respuesta y adopta la actitud partiendo de la nada: en ella empieza su experiencia.

Esa etapa de improvisación forzosa — en la que se han cortado los puentes con el pasado y debe irse creando el puente hacia adelante —, tiene su rasgo más característico en el problema sexual. El sexo ha cobrado vida, planteando a Studs otro enigma cuya solución le atrae y al mismo tiempo le atemoriza; ha descubierto en sí mismo una fuerza ajena al pasado, y que hoy presta nueva tonalidad a sus pensamientos y aspiraciones. Es inútil resistir a esa fuerza; y además de inútil, imposible: todo su ser está dominado por una vaga inquietud, que escapa a cualquier intento de definición, y a la que no puede ni siquiera poner obstáculos. Se ha visto integrado de repente al mundo del sexo, y se debate en él con una extraña sensación de temor y voluptuosidad.

Indudablemente, ese es el problema supremo de la infancia trocada en adolescencia: la sexualidad que ha alcanzado consciencia de sí misma. El problema sexual constituye así para el joven el más brusco y trágico encuentro con la vida de los hombre; y la brutalidad del choque aumenta en relación a la sensibilidad, crece proporcionalmente a las ingenuas ilusiones que la niñez ha forjado. De ahí que el acontecimiento marque el instante en que la soledad — siempre dramática — llega al máximo: el adolescente pierde la estabilidadad y el apoyo, se ve aislado entre el mundo que le era habitual — destruído por el milagro del sexo — y el mundo recién descubierto que lo absorbe en un torbellino enloquecedor.

James T. Farrell se ha fijado un objetivo superior a sus fuerzas. Diríase que Studs Lonigan no ha sido comprendido por su creador, y que sus inquietudes han quedado envueltas en una misteriosa y espesa bruma. Sigue en pie el problema del niño trasplantado a la adolescencia, no habiendo logrado el autor ahondar en su complejidad. "El chico Lonigan" es una pregunta sin respuesta, una cuestión que no se ha desprendido del interrogante.

Tema altamente sugestivo y arduo, sigue ofreciendo un campo casi virgen a la novela contemporánea. Sólo el tiempo dirá si el esfuerzo de Farrell ha de ser superado.

Ricardo Mejías Peña

DESDE NUEVA YORK...

(Viene de la página 1)

hizo hace algunos siglos. ¿Dictaduras? ¡Pero sí, pero que no tendrán carácter de aventuras que para los mismos dictadores! Que China, país milenario... ¿Pero, acaso la vejez y la infancia no tienen muchos puntos de contacto?

Todo esto se me ocurre al leer la noticia de que dos chicos: hermano y hermana, llegaron a Nueva York desde una paqueña aldea de Ohio, a pie y pidiendo limosna, empleándose en las «farmers», pescando en los arroyos, cazando con trampas en los campos y aprovechando la estación calurosa para dormir bajo el dosel celeste.

—¿Qué pensaban hacer?—les preguntó el agente que les halló, perdidos, en un suburbio neoyorquino.

—Cualquier cosa—respondió el muchacho—, la cuestión es que nos suceda algo cada día.

—¿Y quién le dice a usted que no lleguemos a millonario?—dijo la niña, y el muchacho comentó:

—Muchos de nuestros millonarios empezaron como nosotros: mendigando.

...Pero como los aventureros eran menores de edad y huérfanos, la autoridad tomó cartas en el asunto. Los muchachos lloraban cuando les comunicaron que ya no estarían en libertad.

—¡Vamos a perder nuestra única oportunidad... nos van a estropear la carrera!

—¡Nuestra vida será como la de todo el mundo!

Ahí está la clave; el aventurero es una personalidad. El pueblo que se atreve a ensayar, que no quiere ser «como todo el mundo», es porque aún conserva energías y confianza en sí mismo, porque siente en sí bullir la savia que hará salir nuevos brotes verdes a la superficie de su tronco añoso... No hay más que recordar las proezas y la cantidad de héroes que una nación en plena aventura realiza y produce, y la decadencia lenta pero fatal, la extinción paulatina de la luz, el encorvamiento hacia el sepulcro de aquellos que se estancan, se inmovilizan, indigestados de experiencia, de prudencia y de escepticismo.

Felizmente para la humanidad, en esta época cumbre de la civilización, despierta en los hombres y los pueblos, el salvador gusto por la aventura

DE LAS HISTORIAS

SONATA EN SEIS TIEMPOS y una coda

TIEMPO 5.°

EL PODER POLITICO.—Todavía ejerce influencia y muy honda en las cualidades predominantes del pueblo español el sentimiento poderoso de independencia de las razas ibera y celta. Los «genti litatis», al extenderse por los campos, fundaron las aldeas «vicos», como las llamaron los romanos; y en su conjunto «oppidum» constituyó la ciudad.

Los pobladores del «vicus» hubieron de llamarse «vicini». En las «gens» sentada en el vicio, no era el más alto el poder directivo del jefe; la potestad suprema correspondía a los «patres», a los jefes de las familias.

La asamblea de los «patres» de los vecinos reunidos en la plaza del lugar, o a la sombra del árbol histórico como nuestros vascos y como los esclavos meridionales, «concilium» o «conventus», como después se dijo en Roma, ejercía el gobierno de la aldea; hacía en los períodos debidos, el reparto de las tierras laborables; reglamentaba el aprovechamiento de los pastos y bosques comunes e intervenía en todos los asuntos que interesaban a la aldea. Este «Concilium» es el origen del «Consejo de vecinos» que ha llegado hasta nuestros días. Hubo de atravesar incólume la dominación romana, recibió nueva fuerza de la invasión germánica, lo reorganizaron los Fueros de la Edad Media y subsiste todavía como una supervivencia ibérica favorecida por circunstancias históricas.

En la ciudad, «polis», que fué entonces el Estado, vinieron a desenvolverse los elementos fundamentales del poder político con los reyes o régulos, con los magistrados o senadores de las ciudades que convocó Catón al venir a España. También eran usuales en las ciudades ibéricas las asambleas populares, «Concilia».

Vencida y arruinada Sagunto enviaron legados a los «Concilia» de casi todas las ciudades de España, solicitando su alianza contra los cartagineses. «Concilium» celebraron los celtíberos que estaban a sueldo de los turdetanos para discutir las proposiciones de los romanos; y los ilergetes, ausetanos y otros pueblos, reunidos en concilio, acordaron entregar a Mandonio a la implacable venganza de Roma. En la ciudad se detenía la organización política de aquella edad. No pasaba más allá la idea de organización del Estado: el sentimiento de la unidad nacional era desconocido de los Celto-Iberos, más aún, les era repulsivo.

Estrabón hace constar el hecho: «Los iberos—dice—audaces para pequeñas empresas, desconfiados unos de otros, invasores de las propiedades ajenas, nada emprendieron en grande, pero, si de consuno, hubieran acudido a sostenerse mutuamente, ni los cartagineses, ni antes los tirios, ni despupés los celtas, ni Viriato, ni Sertorio, hubieran sustentado la ambiciosa pretensión de domeñarlos. Floro no sólo apunta el hecho, lo explica: «España, dice, nunca abrigó el propósito de un alzamiento universal contra Roma; se encontró ocupada por los romanos antes de conocerse a sí misma, y es la única entre todas las provincias que conoció sus fuerzas después de vencida.»

¿Acaso, en este pasaje de la Historia romana de Floro no encontramos la explicación satisfactoria de hechos posteriores, muy posteriores? ¿Pues qué fué la Reconquista sino el alzamiento sucesivo pero aislado e individual de los pobladores del «vicus», de la asamblea de los «patres», de los «concilium» o gobiernos de los lugares? ¿Qué fué Covadonga, San Juan de la Peña? ¿Qué fueron más tarde Asturias, Sobrarbe, Galicia, León, Navarra, Cataluña, Aragón? ¿Hubo durante la epopeya, que duró siete siglos, propósito de alzamiento universal contra los árabes, si los reinos cristianos se aliaban con los moros para combatirse entre sí? ¿Es por ventura antiguo, tradicional el concepto de una federación de resistencia basada sobre la unidad territorial de la península? España, como nación, ¿de cuándo es? Y la «Polis», la ciudad, como idea la más alta de la organización del Estado, ¿no la hallamos cada vez que los españoles son dueños realmente de sus destinos?

Zaragoza, Gerona, ¿qué son más que reproducción de la edad contemporánea de Numancia y Sagunto? Los cantones del 73, ¿pasan acaso más allá de la ciudad? ¿Hubo en aquella crisis lazo social bastante para fundar por el «hospitium»» o la federación grandes regiones? ¿No han vuelto las gentes hispanas cada vez que se ha puesto en pleito de una manera honda el problema político a traducirlo en problema nacional y a ser tan independientes y tan hostiles entre sí como cuando dejaban a la heroica Numancia desamparada y sola sin lograr auxilio de las otras ciudades celtibéricas? ¿No es éste el carácter predominantemente español que tan bien calificaba Pérez Pujol como refractario a la acción del Estado?

Por la transcripción y adaptación,

Alberto Carsí

El próximo será: **Tiempo 6.°**

LEYENDO UN LIBRO DE "EL CAMPESINO"

RARA vez se ha creado leyenda más grotesca en torno a un hombre que la que el Partido Comunista español y el Kominfor tejieron en torno a Valentín González, más conocido por «El Campesino».

Durante la revolución española, el Partido Comunista necesitaba figuras de relumbrón, para hacer más posible su programa de actuación, que debía culminar, según los proyectos de tal Partido, con la toma del Poder y la entrega del pueblo español a los hombres de Moscú. Pero había un inconveniente, y no de los de menor envergadura, el inconveniente era la élite revolucionaria de la clase trabajadora española, muy adentrada ya en las más profundas experienicas de las luchas sociales y, por consiguiente, muy predispuesta a defender la independencia de nuestro pueblo y la revolución social que, por fin, veía al alcance de su mano.

Cualquiera que en aquella época haya leído la prensa bolchevique o haya escuchado las emisiones de Radio Moscú habrá podido constatar, sin necesidad de esforzar su inteligencia, de qué manera y con que facilidad se «fabrica» un «héroe» cuando al Kominfor le interesa.

Valentín González, alias «El Campesino», es un producto genuino de la técnica bolchevique. Y es que, generalmente, en la fabricación del «héroe» se elige el material apropiado; es decir, se elige al hombre que reune en sí las características necesarias para hacer de él un «robot» staliniano. Y a pesar de la presentación que de «El Campesino» nos hace Julián Gorkin, nosotros, los que nos acordamos del «héroe» prefabricado y del energúmeno nato, no podemos por menos que proclamar nuestra discrepancia profunda con el autor del prólogo del libro de Valentín González.

* * *

«El Campesino», como sus colegas de ayer, es, repetimos, un «héroe» nacido a la sombra de los intereses del Kominfor. No tiene nada de la gallardía de nuestro pueblo, que no es un pueblo de bravucones y de malvados. Tiene a lo sumo una terquedad que acaso haya adquirido vuelos en él, cuando en España quisieron presentar como a un héroe a un hombre que debía asesinar a muchísimos antifascistas verdaderos por razones inconfesables, que rara vez han sido conocidas, pero que hoy pretende justificar en su libro diciendo haber sido inducido por los agentes de Stalin. Quizás diga en gran parte la verdad, pero el resto la insinúa Gorkin cuando califica de excesos lo que fueron pura y simplemente viles asesinatos.

La defensa de Madrid no fué obra de «El Campesino». Allí se batieron, como hombres seguros de lo que quieren y convencidos de lo que defienden, millares de españoles que nada tenían de común con «El Campepsino». Y si la toma de El Cerro de los Angeles tuvo alguna virtud mayor que la defensa del resto de los puntos atacados por las fuerzas del fascismo internacional, será necesario decir que tampoco tuvo «El Campesino» la «culpa de aquella victoria del pueblo», porque fueron muchos los centenares de hombres que allí perecieron—y ninguno de ellos fué «El Campesino»—y, entre los que no murieron, quizás llegue Valentín González a equivaler a uno.

La ciencia militar del «héroe» de quien hablamos, era su pistola; el prestigio de que gozaba incluso entre sus hombres, era el terror; la fama que adquirió entre el pueblo español, la de un criminal; y su obra secundar la contrarrevolución más fanática y más soez.

* * *

En Moscú se le acabó la suerte a «El Campesino». Allí terminaron los honores y las orgías. Sus amigos—Lister «Pasionaria», Modesto...—pusieron fin a la leyenda, y, tras hacerlo general para especular con el «héroe» todavía un poco, lo enviaron a los campos de concentración.

De allí ha vuelto. Está a salvo, lejos del peligro, y ha escrito un libro explicando cuanto ha creído necesario explicar. Un libro que seguramente no ha confeccionado su pluma, aunque los relatos son indudablemente de él, pero que no por ello carece de interés. Confirma lo que otros han dicho, y amplía lo que ya sabíamos de la suerte corrida por los españoles en la «patria del proletariado».

Describe algunas escenas del «paraíso soviético» y utiliza amargas palabras para explicar de qué forma ha vivido, la mayor parte de los diez años que ha pasado en Rusia.

Habla del caos en que vivió el pueblo soviético durante el avance, hacia Moscú, del ejército nazi.

Afirma que no existe dictadura más feroz que la que impera en la U.R.S.S.

Y bien, el libro acaso merece un comentario, un amplio comentario, pero que debe ir precedido del contenido de este artículo en la mente de los lectores, porque los crímenes de «El Campesino» no son de los que se borran con un «Mea Culpa» proferido cuando la desgracia sucede al privilegio, triste privilegio de haber podido disponer de la vida de miles de hombres y de haber dispuesto en muchas ocasiones y en medio de la más cobarde impunidad.

* * *

La experiencia de «El Campesino» en la U.R.S.S. es de las más concluyentes. El «héroe», cuando dejó de ser útil, fué cambiado, como cambian de maniquís las casas de modas, y lanzado al rincón de los trastos inútiles.

Ahora grita, y dice verdades, pero no por ello debe olvidar nadie que «El Campesino» forma parte de la historia de las mil traiciones que se perpetraron contra nuestro pueblo.

Juan Pintado

DURRUTI y la violencia

(Viene de la página 1.)

braba la semilla revolucionaria. Llegó en España la intentona fascista del 36. Durruti, hombre de acción, por temperamento y convicción, sabido es que con Ascaso y un grupo heroico compuesto de luchadores proletarios, se aprestó al asalto del cuartel de Atarazanas, en Barcelona, y a la lucha armada en las calles de la capital. Después fué la marcha hacia tierras de Aragón, haciendo retroceder, desalojando, con los elementos que con él actuaban, al fascismo que tenía ocupadas no pocas localidades. Luego, en Madrid, contribuyó a detener la tenaza que, en torno a la capital, ejercían sus sitiadores. Y finalmente, aconteció el trágico fin de su existencia dedicada a la causa emancipadora. Actuaba como sentía, como le dictaba su temperamento. En cierta ocasión había dicho: "Me creo anarquista como el primero, pero estimo que si no hiciera uso de la violencia, contribuiría al triunfo de la reacción."

Durruti, como Nestor Makhno, poseía un manifiesto ascendiente moral sobre aquellos que le rodeaban. Pero en Durruti había posiblemente una concepción más clara de las ideas, y mayor pulcritud ética que en el conocido revolucionario libertario ukraniano. Véase respecto al modo de Makhno, el libro de Pedro Archinoff "Historia del movimiento makhnovista", y la obra de Volin, "La Révolution Inconnue". Posiblemente, Durruti en toda su actuación revolucionaria, no tuvo jamás la pretensión de "implantar la anarquía", máxime si tuvo en cuenta lo dicho por uno de nuestros más prestigiosos pensadores al manifestar que "más allá de la anarquía habrá siempre anarquía". Iba simplemente, como tantos y tantos, en pos de alcanzar, en el orden social, el mayor número de ventajas, en brecha abierta contra el capitalismo y el Estado.

Un examen algo detenido de lo que es la lucha social muestra cómo es merecedora de atención la citada expresión de Durruti al respecto de la violencia. Y al hablar de violencia, se comprende, sin necesidad de acudir a disquisiciones etimológicas, que se hace referencia a la acepción corriente de la palabra: o sea: fuerza,

por Fontaura

impulso airado, acción impetuosa, una excitación que tiende a forzar, en sentido defensivo u ofensivo, una dificultad, un obstáculo, empleando la acción violenta, al no ser posible lograr el objetivo mediante el método de la persuasión

En suma, y vuelvo al amigo antes aludido, el bregar, mezclado en el hervor de las luchas sociales, actuando y observando la ajena actuación, le ha inducido a modificar aquellas sus primeras opiniones al respecto de la violencia. Tiene, como antes el mismo temperamento; esto es cosa que se lleva en la sangre, y no lo cambia el tiempo ni la experiencia, pero aun y con todo el tener poca predisposición para ser un "hombre de acción", no se escandaliza por el hecho de que otros lo sean. Aparte lo visto y lo realizado, asiduas lecturas le han dado una idea bastante clara de la interpretación que a la violencia se ha venido dando por parte de elementos de manifiesta formación libertaria.

Por ejemplo, Malatesta, uno de los escritores libertarios cuyas concepciones se aproximan más a la entraña de la realidad, en su estudio que lleva por título "Hacia la anarquía", decía: "Hay en todos los países un gobierno que, por medio de la fuerza bruta, impone la ley a todos, obligando a todos a dejarse explotar y a sostenerlo, quiéranlo o no. Las instituciones existentes impiden que las minorías puedan actuar según sus ideas, y que la organización social en general pueda ir modificándose, al modificarse la opinión pública. El curso regular, pacífico de la evolución es detenido por la violencia. Con la violencia es preciso abrirle camino. Por eso queremos la revolución violenta hoy, y la querremos siempre mientras por la fuerza se quiera imponer a alguien alguna cosa contraria a su voluntad. Suprimida la violencia gubernativa no tendría razón de ser eliminado de la sociedad humana el derecho a la fuerza, puestos los medios de producción a disposición de quien quiera producir, lo demás debe ser fruto de la evolución pacífica."

Alberto Giraldo, el poeta anarquista que conocía de cerca las luchas emancipadoras del proletariado argentino, escribía con respecto a la violencia: "Imagináos que, para tender un camino de hierro en una montaña, los constructores esperaran que las piedras fueran echadas abajo por la evolución. A buen seguro que todavía estarían sin comunicarse muchos pueblos. Al encuentro del obstáculo, el ingeniero pensará en el explosivo, y bajo la influencia del cartucho de dinamita, la piedra saltará hecha pedazos, dejando expedito el camino para tender el rail. Así las instituciones — piedras en la vida social —. Para el derrumbe de la montaña de prejuicios, de convencionalismos, de mentiras, de farsas y de hipocresías contra las que han luchado todos los pensadores, los filósofos de todas las épocas, han tenido que emplearse inevitablemente, la piqueta y el explosivo."

En relación al tema que nos ocupa, decía en las páginas de una revista, la profesora Antonia Maymón: "La violencia engendra la violencia, y como la sociedad actual está toda basada en ella, nada tiene de extraño que violentos se sientan quienes a disgusto viven. Los que han hecho algo más que examinar la cuestión social desde el gabinete de trabajo y han sentido los dolores del pueblo en carne propia; los que con el minero han bajado a la mina y con la madre hambrienta han recorrido el calvario del hijo anémico, perseguido o encarcelado, sienten la necesidad de creer en la violencia contra la violencia, siendo muchas veces los más pacíficos quienes más la justifican en determinadas ocasiones."

Sí, como muestra basta un botón, en torno a las opiniones citadas, gira en gran parte, el sentir libertario en lo concerniente al problema de la violencia. ¿Verdad absoluta? ¿Afirmaciones categóricas? No. El anarquismo ni tiene ni ha tenido jamás una trayectoria fija, inmutable, unilateral, para todos los que de anarquistas se precian. Ello no ha sido obstáculo para poder hacer camino juntos muchas veces, puesto que a todos nos amenaza y persigue un mismo enemigo.

Es así como ha ido percibiendo las cuestiones mi amigo. Y a este respecto, yo soy de su opinión.

NOTAS AL MARGEN

EL inveterado metodista para el auto-ordenamiento de mi vida diaria que soy, me hace ver en el viaje, algo raro y descosido, con lo que no puedo compenetrarme. Soy recalcitrante opositor al espíritu viajeril, por lo que todo inicio de viaje es acogido por mi parte con frialdad y mala predisposición, coincidiendo con La Bruyère en que «le plus beau chemin d'un voyage, c'est celui du retour».

No obstante, forzoso es reconocer que, a través del viaje se despierta el interés por la cosa desconocida, se adquiere conocimiento práctico sobre cosas útiles y naturales, y se llega a establecer con sentido analítico, un método y una forma de vida nacional, mediante el contraste de las diversos formas y costumbres que usan los hombres.

Aun reconociendo todo esto, no puedo sustraerme a mis inclinaciones caseriles, de vida metódica y costumbrista. Mas no se crea por ello que imito al hermitaño de la leyenda; pues pese a mi aversión por el viaje, me veo con frecuencia obligado a realizar alguno de ellos, y no de los de más corto trayecto.

Hace unos días precisamente, he realizado un rápido viaje de 48 horas, a través de los departamentos situados en el macizo central del país que habitamos. Y a pesar de mi obsesión por la vuelta «volandera» no han escapado a mi observación y juicio crítico detalles, la descripción de los cuales, me ha inspirado el presente trabajo.

El estudio psicológico de las gentes, no es lo que más me disgusta, y a este tenor, diré que me han producido deplorable impresión algunos detalles que voy a referir, por los que se colige el estado cultural y el grado evolutivo en que se encuentran sus protagonistas.

En uno de los pueblos por los que he pasado—deteniéndome unas horas—, me ha llamado la atención la gran cantidad de mujeres que pasean con fasto donaire, sus enormes abrigos de pieles. Por sus ademanes de altivez y orgullo, puede adivinarse cuàl es su mentalidad; pero por si esto no bastara, la observancia de las miradas que distribuyen, ora de desprecio y desdén, cuando las dirigen a quienes consideran inferiores, ora de rabia y envidia mal reprimidas, cuando se encuentran con alguien que se creen les supera en elegancia, nos darà, la medida exacta, de lo que son mentalmente.

Como contraste a esta visión fastidiosa de altivez, orgullo y «elegancia», vénse por doquier gran cantidad de beodos o «chupineros» aspirantes a serlo, que con sus voces groseras y ademanes grotescos, invaden vías y establecimientos públicos, sembrando la repugnancia, no sólo de los encopetados señores y elegantes señoras, sino que, sobre todo, de todos los hombres dignos que la sienten por ambos especímenes a un mismo tiempo.

Como colofón, me ha sido dable observar, cómo, hasta de la desgracia de los demás hay quien hace un artículo especulativo. En una barraca de feria, hay expuesto un hombre totalmente deformado «l'homme grenouille» y para admirar su desgracia y su deformación, se amontonan gran cantidad de curiosos y «bobalicones», pasando previamente como es natural por la taquilla, en donde han de dejar unos céntimos, no para que pueda vivir el desgraciado ser que allí se encuentra inmóvil, sino para que lo hagan los que de él han hecho un medio de distracción pública.

Toda esa suerte de aberraciones, se encuentran expuestas con toda impudicia en la vía pública, formando el concierto de esta desconcertante sociedad. Y es por lo que al lado de todo ello, se hace más relevante y majestuosa la conducta de unos hombres, de unas cuantas familias que, exentas de todo atavismo, curadas de todo prejuicio moral, resisten firmemente a toda contaminación de la insana trilogía que acabo de describir (degeneración, especulación y orgullo) ofreciéndose contrariamente en lo que valen, con sencillez y abnegación, a cuantos tienen necesidad de ellos. Su amistad fraterna, su conducta solidaria, produce destellos de iluminación fecundos en la conciencia humana, y borra un tanto la visión de cuanto queda descrito.

Es afortunadamente con estos últimos con los que me ha tocado tratar directamente.

No olvidaré sus rasgos altamente solidarios, afables y humanistas, pero no puedo olvidar tampoco, el eco de las voces avinadas que me ha perseguido hasta Toulouse, en donde como final de «fiesta» he tenido que soportar una fuerte dosis tabarresca del mismo género, en el restaurant donde hago mi comida diaria.

CANTA-CLARO.

UN DIA DE FIESTA

EN el aspecto íntimo de exterioridades psicológicas, buscando sensaciones profundas — vivir con el sobrehaz del alma—, ir a divertirse o distraer el ánimo, a matar el tiempo que se cree innecesario o bien a aprovecharlo en la forma en que lo aprovechan los comerciantes, pescadores en ese río revuelto de gentes, o como van los que quieren ver el estado de alma del pueblo, allí donde se desnuda.

El individuo que entra en la feria — gota de agua en el río — rara vez tiene noción del conjunto, perteneciendo al mismo: los árboles le impiden ve el bosque... Si el individuo se pone a cierta distancia, entonces es el bosque que le impide ver los árboles: un murmullo profundo se nota a distancia, semejante al de un río fuera de su cauce. A distancia, solo se aprecia el tumulto de su lenguaje: el ruido, las explosiones, los gritos (que salen por lo alto de los tejados) ruido que busca ruido, ruido que atira, ruido que no es nada más que ruido, parecido, muy parecido al de las manifestaciones callejeras. Para mantenerlo mejor hay que entrar dentro y bañarse en sus aguas, y detenerse ante las cascadas ruidosas que son los charlatanes esos que lo dan todo regalado... (objetos que proporcionan todas las comodidades, por nada). Parecido, muy parecido a los otros charlatanes de tiempos de elecciones...

Muchos aspectos que abarcan la vida de un pueblo están representados, ¡del pueblo! porque la feria es un hecho colectivo donde no hay figura relevante es un agujero profundo por donde se ve lo más típico, lo más radical, o lo más decadente de un pueblo... Nada puede enseñarnos mejor. Es un día señalado para decir quién somos y lo decimos galanamente aunque de otras mil maneras lo hayámos dicho durante todo el año. Es como una exposición de nuestros sentimientos.: el labriego ha arrinconado todo el año, privándose de mucho necesario y ese día entrega sus ahorros sin pena al primer charlatán llegado. Compramos, porque compramos jugando, mucho que no necesitamos. Y

José MOLINA

salimos siempre contentos de hacer ganado. Nos administramos bien trescientos sesenta y cuatro días y ese día desportillamos bajo la corriente arrolladora de la multitud que juega y desafía (el juego es como uno de esos azotes de indómitas pasiones). Las rifas de vinos y licores son las que tienen más suerte de concurrencia. Luego vienen las de los adivinos ¡Quién no tiene su horóscopo! ¡Quién por veinte francos no busca saber los sucesos futuros de su vida!.. Y todos preguntan. Ignoro que debe pensar de ello Sanchis, que ha expuesto sus acuarelas, que nadie ve allí al lado.

Dando vueltas a la feria, siente uno la impresión de estar dentro de un molino de triturar voluntades... En medio de esa legión de charlatanes que gritan, que desafían al más atrevido, y, esa música que nadie escucha, de la que no se saca substancia alguna aunque se escuche, que no sirve nada más que para aturdir el espíritu... Y, ¡decir que hay gentes que pasan la frontera para vivir un día de feria del otro lado — cuando la feria es la excusa, bien — pero cuando solo se va a ella arrellenándose en un autocar de grandes excursiones, corriendo grandes distancias a grandes velocidades sin otro objeto que el de ser grano que mece en la torva del molino de la feria es lastimoso! ¿Qué pueden decir estos viajantes del progreso, de las ideas, o de la civilización del país que visitan por su feria cuando una feria es lo que más se parece a otra feria?... Esos feriantes como las ferias no son estorbo a ningún Estado, antes lo favorecen.

QUEREMOS LA LIBERTAD

EL Poder es un crimen. Lo hemos dicho. Y ante el Poder afirmamos que debía asumirse la lucha. No la argumentación, inútil, ni la petición, humillante.

Ahora bien: ¿quién lucha contra el Poder? O más precisamente, ¿cómo puede hacérsele frente, si él detenta el sumo de la fuerza bruta, la aquiescencia de la justicia complaciente, además, y aún, la contribución interesada de la cobardía parásita?

El Poder se ejerce desde el Gobierno, es la legalidad; lo custodia una policía enorme, lo respalda un ejército brutal y servil. Todos los recursos de la eficiencia opresiva están en sus manos: decide él, por sí mismo, la delictuosidad de la conducta social, juzga y condena; y si no usa siempre del terror, amenaza con él, atemoriza, y lo aplica sin vacilación, totalmente, cuando quiere. Ostenta todas las apariencias de la legitimidad y se llama a sí mismo con jactancia representante del Pueblo.

¡No existe en este país, evidenciado a través de las frecuentes consultas electorales, una «mayoría» del pueblo que testimonia con efusión su conformidad con él, no está, realmente, avalada la tiranía por el asentimiento popular? Y esta mayoría con esa conducta, ¿no supone una implícita disposición para luchar?

Luego la lucha, la lucha inevitable entre dos maneras de vivir, ¿será por la libertad o en su contra? La lucha no es justamente lo cuestionable, lo es su eficacia. Porque si los que repudian al Poder no tienen ninguna probabilidad de triunfo, no tienen tampoco ninguna salvación. ¿Cuál es el sentido de nuestro llamado? ¿No es un gesto desesperado entonces, es decir, sin esperanzas?

*

He ahí la terrible pregunta. ¿Se debe rehuir? Surge por sí misma, por mera lógica. ¿A qué se llama a la lucha, si el triunfo es imposible? ¿Por qué incitamos a la libertad, si la libertad está siendo negada? ¿Cuándo y quiénes, aparte nosotros, los incitados, han luchado por ella? Esta es la cuestión más difícil de resolver, vieja como el mundo, puesta sobre cualquier tipo de sociedad, a partir de las gregarias agrupaciones primitivas hasta las formaciones multitudinarias modernas.

¿Quiere o no quiere la libertad el hombre? ¿Hay quienes la quieren y quienes la repelen? ¿Pueden convivir unos y otros? ¿Dónde está el derecho? ¿El hombre es algo que vale por sí mismo, y debe ser considerado, por sobre cualquier otra estimación, como un espíritu libre, independiente, o sólo debe ser apreciado en su relación con los otros, y consiguientemente como un instrumento, subyugado en la función social, lo que comprendió Aristóteles como un «instrumento animado»? ¿Su valor hay que buscarlo en su eficiencia o en su autenticidad?

Así nuestra posición anarquista es tan difícil. Queremos la libertad. Necesitamos la libertad. Aquel que no haya realizado ya un gran esfuerzo en procura de posibilidades—en la vida, en la realidad—que son rechazadas en este ámbito cerrado de obediencia, no lo entiende. Para aquel que no sienta el ahogo en este mundo de meras funciones, y de obligatoriedad severa—que no esté desesperado, horrorizado en la existencia que marcha a paso de ganso—, nosotros no significamos nada, somos, verdaderamente, una locura. Aun cuando se nos aproxime, lo hará por aturdimiento: porque nos cree a través de aquellas cosas nuestras bellas, pero no, esto es para él imposible, por la terrible exigencia inconformista de nuestra audacia, por la dureza de nuestra finalidad.

Somos, así, de la especie de aquellos que claman en el desierto, por lo tanto, en cierto sentido, pertenecemos al número de los seres que fecundan a costa de su vida. Realmente, los que «sienten» la posibilidad de una forma de vida que la experiencia no ofrece, y cuyo esbozo está sólo en su espíritu, son los únicos que pueden dar el salto temerario sobre la realidad y «querer» lo que no existe. Somos anunciadores, nada más, vanguardias en los puestos más difíciles de la vida, allí donde perecer no es lo peor: avizores, damos la gran voz de alerta ante la tormenta terrible que ruge a la distancia, que amenaza con la devastación del mundo.

*

Los que van a ser despedazados, aniquilados, no atenúan el mal con su ignorancia, lo acrecen. Y aunque ellos no crean en la perversidad allí donde no la descubren, la temen cuando la sufren. ¿Qué importa su decisión mal informada? ¿Qué importan sus votos si están sugestionados y son autómatas? La gente es sencilla, es torpe, es crédula. Ella erige, inmolándose, un mundo del que jamás goza, y sostiene, como un «instrumento animado», la máquina del Poder que la aniquila. Las instituciones políticas, en las cuales el pueblo confía, caen en manos de liberales, o marxistas o sindicalistas, sin variar en esencia. Y las tendencias teóricas que las rigen se diferencian tan sólo en sus propias presunciones, iguales siempre como signo de opresión, de esclavización para los hombres. ¿Qué significado tiene una elección forzada entre ellas? ¿Y qué una abstención? Aunque los déspotas obtengan la confirmación de una mayoría, o su indiferencia, ¿dejan por ello de ser déspotas?

Todo esto la política en su conjunto, la política como experiencia, el Poder, ese gran huracán que destruye las obras, y las vidas de los hombres. Es el tremendo peligro, ante el cual llamamos, en nuestro puesto de avanzada al pueblo. No nos retrae en esto su ignorancia, su veleidad, su inconsciente traición. No interferimos en nada sus vidas. Decimos la palabra insilenciable, con fuerte voz, para ser oída. Nada más.

La lucha contra el Poder es, pues, eso: comprender la horrible mentira que encierra la ordenación artificial de la vida y el precio de irreparable frustración que se exige a los seres humanos. ¿Qué importan ya los esplendores engañosos de la vida a quien se le ha despojado de toda posibilidad, extirpado atrozmente sus atributos viriles? ¿Cómo puede ser querida la vida mancillada?

*

La lucha contra el Poder es una nueva, orgullosa, afirmada concepción. En ella caben tantas formas, tal magnificencia, tantas expresiones como espíritus vivientes. Implica una confianza, no limitada, en la capacidad realizadora de los pueblos. Pero, y precisamente por eso, requiere la destrucción de todos los valores falsos, de todas las formas, evidentes o simuladas, de la autoridad la coerción, todos los apoyos extraños en que los pueblos creen sostenerse, y los invalidan.

Se requiere un gran valor. ¿Hay un valor más grande? El valor para el abandono y la adversidad. Es necesario dejar la tierra donde se ha nacido y crecido, la familiaridad y la primera amistad, esas referencias enternecedoras que establecen un lazo con el mundo, y sin las cuales pareciera imposible vivir. Todos hemos nacido y crecido en el error funesto y en la confusión, en este mundo de castigo implacable. Es preciso matar ese pasado, suprimir esa envoltura yerta: para que la vida nazca. Así empieza la libertad.

¿Se comprende cuál es la lucha a que incitamos, cuál es el enemigo que debemos destruir? ¿Se comprende cuál es el sentido de la libertad? Aquí no tiene importancia alguna el número, los pronunciamientos, las falaces alternativas en el dominio de las gentes, el absurdo de creer en la solución de la cuestión social mediante un cambio de color en las banderas partidarias, o en la sustitución de un déspota por muchos, o de muchos por uno. Porque si el elenco cambia, la tragedia no. Es siempre la frustración. Y en tanto el Poder no se detiene nunca, y se eleva, aplastándolos, sobre quienes «ignoran y creen», asesina fríamente las vidas nobles que le acusan, y que luchan.

El Poder es, así, el negador de la vida.

«CENIT»

Revista mensual de Sociología, Ciencia y Literatura. Aparecerá en 1.º de enero de 1951, bajo la dirección del compañero A. García, secundado por los compañeros de Redacción: Felipe Alaiz, Evelio Fontaura, José Peirats, Federica Montseny, Benito Milla y Juan Ferrer. Colaboración literaria y artística importantísima, procedente de diversos países.

Treinta y dos páginas, con cubierta, a 70 francos número suelto. En subscripción: 180 francos trimestre, 360 semestre y 720 anualidad. Paqueteros: 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Efectúense pedidos a Martín Vilarrupla, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.), y mándese la correspondencia de Redacción a A. García, 24, rue Ste-Marthe, PARIS (X), en ambos casos en Francia.

(Se ruega la reproducción en toda la Prensa afín.)

A BENEFICIO *de* S. I. A.

ARRIBA el telón y la pollilla trabaja. Estamos en la sala de fiestas de la «Casa de España» de Budreos, y dicho sea a vuelo de murciélago, la atmósfera está bastante cargada y es conveniente airearla, para que la «Señorita Polilla» no se coma todo cuando hay en ella, pero como estamos en el mes de los difuntos, que allà nos aguarden por muchos años, la pobrecita está hambrienta, mejor dicho, duerme hasta que los calores anuales se despierten y la hagan despabilarse, aunque francamente, hay cada mariposa nocturna que tira a uno de lado, con sólo verla volar.

Las nueve de la noche del 25 de noviembre, por añadidura, sàbado, según leyenda, noche en que las brujas salen a «coquetear». Todo eso pasó a la historia. Vamos al relato de lo que sucedió en esa noche: carteles por las calles y mojadura de los colocadores. Llovía tanto... En fin, al grano, al grano...

La cortina se levanta a las nueva y unos minutos. Es costumbre y nada ¿Quiénes son los «cómicos o artistas»? El Grupo Artístico «Cultura Popular», inaugura la temporada, poniendo en escena la comedia en tres actos, de ambiente madrileño, titulada «La señorita Polilla», a beneficio de S.I.A. departamental. El local completamente abarrotado de compañeros y público español que, al sólo anuncio de la reaparición del mencionado grupo, se apresuró a asistir a la representación, culminando también la asistencia en la representación del domingo, donde era imposbile hallar un hueco para acomodarse. A tal grado llegó la expectación despertada, no ya solamente por tratarse de S.I.A. para poder seguir ayudando a los compañeros hospitalizados, como desde su fundación lo viene haciendo.

Antes de pasar a reseñar el trabajo realizado por cada intérprete, diremos que el director del mismo se merece unos aplausos por el acierto en la distribución y presentación de la obra, secundado por los compañeros invisibles, Ramón y Santiago, el primero desde la concha y el segundo en su labor de avisador.

Pues, sí, señor. Vimos una «polilla» suelta, ingenua, sentimental, con muchos vuelos de indocilidad y no pocos de picardía y gestos de verdadera «hambrona», en Ampola, que interpretó el papel de Gloria (la Señorita Polilla). La sensación que produjo en el auditorio, la consagra como un descubrimiento de valía para el arte teatral español, muy español y de vanguardia. Arte y escuela en ella. Naturalidad y fiel encarnación del personaje. ¿Aficionada? No. ¡Artista y de las buenas! Ni trampa, ni cartón. Arte.

«En la noche brillaste cual estrella;
y sin ser estrella luz has dado
al arte de Talia, en decadencia,
por falta de escrúpulos y magos».

Pepita Gérvoles, en el Magda (una viudita bondadosa e inteligente), supo salir airosa de su cometido, interesàndole bastante al público por la clara dicción de su voz y ademanes adecuados.

La compañerita A. Montseny, gustó mucho en el papel de «novicia». Timidez, bondad... Muy bien, muy bien. Se progresa.

F. Montseny, en Tula, puso toda su comicidad a disposición del personaje que representaba.

Muy bien la compañera Gonzàlez en el de Josefa (una viejecita simpàtica y servicial). Verdaderamente, logrará ser una excelente característica.

María Luisa, J. Gérvoles y Violeta, en sus respectivos papeles no desmerecieron del conjunto y salieron bastante airosas de su cometido.

Del sexo fuerte, destacó el compañero Lar en el papel de José María (padre de la Señorita Polilla), sacando a relucir sus buenos conocimientos escénicos. Igualmente de la Calle, en el Jorge, aunque en el tercer acto anduviera un poquito tarde en las contestaciones.

Los compañeros Prat, en el papel de Ignacio; Gonzàlez, en el de Sr. de las Torres; Martín, en el de Cholín, y Rivera, en el de Juan, se comportaron admirablemente en sus respectivas interpretaciones, agradando al público.

Rodríguez, en el de Braulio, un viejecito de cerca cien años, criado de la casa, interpretó con toda sinceridad el personaje, siendo muy aplaudido en un mutis.

Y así dió comienzo a la temporada el Grupo Cultura Popular, deleitando a la numerosa concurrencia con su actuación, pues sin ser ninguno de los componentes artista profesional, saben hacer teatro, y en todos momentos son generosos, poniendo a disposición de las causas nobles y justas todo cuanto valen y saben; así lo demuestran en cuantos actos de esta naturaleza realizan.

El público salió satisfechísimo de las dos representaciones, y S.I.A. recaudó unos cuantos francos para los compañeros impedidos de ganarse el pan con el sudor de su frente.

Al final de la representación del sàbado se procedió al sorteo de la Geografía Universal, de Reclus, y un lote de libros, tocándole la primera al número 475, y el segundo al 1.990.

A. RIVERA.

CORREO DE ANDALUCIA

Un Alcalde vitalicio...

en Barbate (Càdiz)

HASTA el 18 de julio de 1936, Agustín Varo hacía de zapatero remendón en aldea de pescadores.

Este elemento era entonces tres veces pobre: de dinero, de mentalidad y de corazón. Pobre en dinero, como cualquier desheredado, no todos los días comía caliente.

Pobre de mentalidad y de corazón, resultó un infame falangista, como todos los falangistas Desde julio del 36 hasta hoy es como la funeraria: permanente.

Este alcalde vitalicio ha presidido todas las persecuciones y fusilamientos de los antifascistas de Barbate, desde el farmacéutico Tato al más humilde pescador.

Analfabeto como un asno, ahí está cargado de millones a costa de las miserias del pueblo.

Hallándome en 1940 en Sevilla, pude presenciar el tráfico que en compañía del Sr. Núñez Manso, diputado de Acción Popular, hacían con la harina.

Agustín Varo, en unión de su hermano, hicieron construirse un garage y almacén para mercancía traficada a un kilómetro de Barbate, antes del fielato.

En 1943 compróse una unidad de pesca de las más modernas que se conocen entre la flota pesquera barbateña.

Del 43 a 1947 se construyó un suntuoso chalet, todo confort, por valor de 75 mil duros.

Por último se ha comprado el cortijo denominado "La Porquera".

Sus hijos que ayer andaban por las calles sucios y harapientos hoy estudian en las Universidades.

Con motivo del enlace matrimonial de la cuñada de su hijo mayor, aquello fué un derroche sin precedentes.

Para distinguirse dentro del mundillo católico, Agustín Varo, padrino de los desposados, ideó que, la ceremonia tuviera lugar en la Ermita de la "Virgen de la Chiva", a 4 kilómetros de Barbate.

Conocemos de sobra lo que son las carreteras de España. Pues bien, el ex zapatero ordenó que el trayecto mencionado fuese reparado rápidamente. A continuación todo el itinerario fué engalanado. Después sobre el centro de la carretera por donde había de pasar la comitiva se cubrió, por una brigada de trabajadores, de serrín, laurel y flor de romero.

Durante todo un día la circulación de vehículos se hacía difícil, hasta que pasó la novia con sus 14 metros de cola ligeramente suspendido por 10 angelitos a quienes les han dicho que son una imagen de los del cielo...

Un testigo presencial me informa que aparte del arreglo de la carretera, engalamiento y transporte de serrín, corte de laurel, romero, y extenderlo, el ágape, sobrepasa de las 125.000 pesetas. Es decir, algo así como lo que puede ganar un peón en 50 años a razón de 25 pesetas diarias.

He ahí hasta donde llega la inmoralidad falangista y del catolicismo.

Cuando un sistema, llámese como quiera, se desenvuelve en un caos de vicios semejantes, tal corrupción trae como consecuencia el derrumbamiento estrepitoso del régimen

La carcundería barbateña habrá podido construir una catedral, un cuartel para la Guardia civil y haber centuplicado el número de éstos bichos.

Podrán seguir trompeteando y luciendo uniformes "bonitos". Todo esto es pura petulancia, exhibicionismo idiota.

Lo esencial del caso es que Franco y Falange no tiene amigos ni dentro ni fuera de España. Y los que tienen son tan pocos y tan simples, que acabarán por dejarle más solo de lo que están.

El régimen franquista está tambaleándose a causa de sus propios vicios, crímenes e inmoralidades.

Es necesario que los auténticos antifascistas en el exilio no desaprovechemos cualquiera ocasión para instaurar sobre el suelo ibero el régimen de libertad, de igualdad y fraternidad que soñara Costa y Anselmo Lorenzo.

Germinal G. PEREZ

Tus Libros

- **V. F. Calverton: «La bancarrota del matrimonio».**—Precio del tomo, 280 francos.
- **Mahoma: «El Corán».**—Precio, 220 frs.
- **H. G. Wells: «El hombre invisible».**—Precio, 175 frs.
- **Voltaire: «La Doncella».**—Precio, 175 frs.
- **V. Blasco Ibáñez: «Sangre y arena».**—Precio, 175 frs.
- **H. G. Wells: Breve historia del Mundo».**—Precio, 200 frs.
- **Baudelaire: «Pequeños poemas en prosa».**—Precio, 175 frs.
- **Baudelaire: «Los paraísos artificiales».**—Precio, 175 frs.
- **Upton Sinclair: «El Rey del Automóvil».**—Precio, 225 frs.
- **Max Nordau: «Las mentiras convencionales de la Civilización».** Precio, 225 frs.
- **Lewis Wallace: «Ben-Hur».**—Precio, 225 frs.
- **A. Dumas: «El Conde de Montecristo»** (dos tomos).—Precio del tomo, 225 frs.
- **Victor Hugo: «Nuestra Señora de Paris».**—Precio, 225 frs.
- **H. de Balzac: «El lirio en el valle».**—Precio, 200 frs.
- **Cecil Jane: «Libertad y despotismo en América hispana».**—Precio, 200 frs.
- **Chateaubriand: «Atala», «René» y «El último Abencerraje».**—Precio, 200 frs.
- **Maquiavelo: «El Príncipe».**—Precio, 200 frs.
- **Maupassant: «El buen mozo».**—Precio, 200 frs.
- **Moro: «Utopía».**—Precio, 120 frs.
- **F. Nietzsche: «La génesis de la Moral».**—Precio 120 frs.
- **Spencer: «Creación y Revolución».**—Precio, 120 frs.
- **Hamon: «La Revolución a través de los siglos».**—Precio, 120 frs.
- **Reclus: «Evolución y Revolución».**—Precio, 120 frs.
- **Bovio: «El Genio».**—Precio, 120 frs.
- **Rousseau: «El Contrato social».**—Precio, 120 frs.
- **Upton Sinclair: «Los dientes del Dragón».**—Precio, 880 frs.
- **Costler y Willy: «Enciclopedia del conocimiento sexual».**—Precio, 650 frs.

CALENDARIO DE S.I.A.

Un alarde artístico y un objetivo solidario. Haced vuestros pedidos a S.I.A., 50, allées J.-Jaurès, Toulouse.

*

La política, Dios y el Estado

POLITICA es, para nosotros, cuanto tiene relación e influencia en el gobierno de los pueblos. De esta suerte, política no será sólo el arte de gobernar, sino la acción de propagar y extender una política determinada o un arte determinado de gobernar a los pueblos.

Se entiende, pues, que es antipolítico, o sea contrario a la política, cuanto tiende al fomento y a la propaganda de un sistema social que declare al hombre emancipado de la tutela del Estado, como hay doctrinas filosóficas aplicadas a la gobernación de los pueblos que lo declararon emancipado de la tutela de Dios.

Y adviértase la semejanza que existe entre el poder divino y el poder humano. Ambos tienen sus cánones, sus altares, sus ministros, sus fieles, sus víctimas y sus contribuyentes, en el sentido de mantener la corte de sacerdotes, de mayor y menor cuantía, que viven del temor y de la preocupación que les produce caer en desgracia del Estado o de Dios. Ambos son implacables en el castigo que imponen a cuantos les discutan y vulneren.

En el orden moral, la semejanza es aun mayor. Pocos sacerdotes de Dios creen en su poder y pocos sacerdotes del Estado creen en su eficacia. No hay gobernante o político que sea sincero, dentro de su conciencia, que no diga: «Verdad es que el mundo podría marchar sin nosotros y hasta quizá marcharía mejor.» No hay ministro de no importa qué Dios, un poco inteligente, que, en su fuero interno, no se ría de los que le entregan el dinero y se postran a sus plantas. Lo que ocurre es que, como viven unos de Dios y otros del Estado, tienen necesidad de cultivarlos y, por tanto, de hacer ver a la gente que uno y otro son indispensables a los fundamentos y a la marcha de las sociedades, de la moral y del orden: que son indispensables en esta y en la otra vida, para que hasta el último momento se les rinda acatamiento y se les deje el sudor y la existencia.

El origen de la de ese mal, que creó la ignorancia de unos y que fomenta la astucia de otros, está en los intereses que tiene creados y que va creando. Si no existieran esos intereses creados y no se crearan otros nuevos, como nadie tendría la vida atada a la preocupación del poder divino ni del humano, los dos desaparecerían de la tierra. Desaparecerían, porque no responden a ninguna necesidad fisiológica ni moral que surja de la naturaleza humana. El Estado es necesario, no porque el hombre sienta su existencia dentro de sí, sino porque se le impone de fuera y porque hay una casta, la más astuta y la más osada, aunque no la más inteligente ni la más honrada, que tiene interés en que las personas crean en la eficacia y en la necesidad del poder político.

Del divino se puede decir lo mismo. A pesar de la fuerza que tiene el atavismo; a pesar de que los temores y las ideas se heredan, y si no se heredaran serían de orden espiritual, y todo es de orden físico en el organismo humano; a pesar de la inmensa influencia que el pasado tiene en las conciencias presentes, muy pocos sentirían, en ningún tiempo, el temor de Dios ni la necesidad del Estado. Lo sienten ahora porque se lo recuerdan, primero, las preocupaciones de la madre, que ya sintieron sus antepasados; luego las preocupaciones de los amigos y del maestro, y así hasta llegar a la sociedad entera. Y por si esto fuera poco, Dios y el Estado cuentan con los castigos corporales y las persecuciones para imponerse.

En cambio, las leyes que hay en nosotros de orden natural, que nacen con nosotros, no es menester que nadie las cultive ni que nadie las imponga para que se manifiesten a su debido tiempo. Se presentan cuando han de presentarse y se acatan y se cumplimentan indispensablemente, necesariamente. Va la vida si no.

Si al nacer un individuo nadie le hablara de la necesidad de un Dios ni de un Estado, o si viviera entre gente que no se lo recordara con palabras ni con actos, pensamos que de su mente no saldrían. No lo afirmamos en absoluto, ni de un modo general, en atención al origen fisiológico hasta de las mismas creencias. Las ideas, las preocupaciones y las supersticiones se heredan, porque todo en el hombre es función material y toda función crea hábito y órgano. Por lo tanto, la huella de lo quimérico que creó el hábito, primero, y luego el órgano, de sentirlo y pensarlo, podría también manifestarse, en algunos casos, sin que nadie cultivara el morbo; pero en la mayoría de ellos, en una mayoría grandísima, aquellas necesidades que no fueran de orden material no se manifestarían si no viniera el interesado cultivador a cultivarlas.

Es más: al cabo de algún tiempo de no recibir el individuo la acción directa—educador—o indirecta—medio social—del sacerdote político o religioso, desaparecería de su mente hasta la propensión a pensar en poderes que no tuvieran su raíz en la vida.

Decimos propensión, porque así como nacemos, por herencia, predispuestos a contraer

FEDERICO URALES

ciertas enfermedades físicas, nacemos, también, con predisposición a contraer determinadas enfermedades morales.

En cambio, aíslese al hombre y a la mujer de todo contagio con sus semejantes, de toda oración, de todo libro, y a su debido tiempo sentirán las sensaciones que a su edad les corresponden.

En el orden que hemos dado en llamar moral: de pequeños, la impresión y la curiosidad de lo desconocido; de jóvenes, la comparación y el razonamiento; de mayores, la experiencia y el juicio.

En el orden material: de niños, sólo queremos dormir, jugar y comer, lo demanda el desarrollo de nuestro organismo; de jóvenes, sentimos afán por desarrollar las energías que hemos ido acumulando; de viejos, se apodera de nosotros el hastío y cansancio, porque el organismo ha gastado todo su caudal de vida. Nuestra naturaleza nada ha de empezar ni de concluir: hasta las ilusiones, que también comen, se han perdido. Y por encima de todo, la ley de la reproducción y la fuerza y el poder del amor, que cuando llega su hora se manifiesta, si es preciso, contra todas las leyes que a él se opongan, vengan de Dios o del Estado. Es la Naturaleza que se impone sin necesidad de sacerdote alguno.

¿De qué institución, de qué ley moral, de qué credo, de qué política se puede decir lo mismo? De ninguna, porque todas están superpuestas a la naturaleza humana, y todas, para subsistir, se han de imponer. Si Dios no se impusiera, moriría; si el Estado no tuviera su fuerza, moriría también. Las ideas y los propósitos que los motivan y encarnan, no nacen, pues, de la naturaleza humana.

Se dirá que desde el momento que tomaron forma en las mentes, en ellas debieron nacer la idea de Dios y la del Estado.

Así debió ser, en efecto, pero desde el instante que para subsistir tuvieron necesidad del terror, de la fuerza y del castigo, no son ideas perpetuas, no son ideas naturales, no son ideas que rijan la vida humana.

En el reino de la filosofía, o mejor, del pensamiento, hay también especies, como en los reinos animal y vegetal. Y estas especies animales y vegetales desaparecen cuando la tierra ha pasado por el período de su incubación. Lo mismo les ocurre a las ideas; desaparecen cuando el clima social les es contrario.

Así como existen períodos geológicos, existen períodos filosóficos. En pasados períodos geológicos vivían animales que hoy no pueden vivir, y en pasados períodos filosóficos vivían ideas que han muerto ya.

Si los pensamientos quedaran grabados en los cráneos, veríamos cómo los hombres de las cavernas discurrían de un modo incomprensible para nosotros. No entenderíamos nada de sus discursos. Eran pensamientos adecuados a su atraso, a sus escasos medios de vida, a sus luchas con las fieras y con los hombres. Hoy los adelantos han enriquecido el lenguaje y el pensamiento; pero de aquí a unos cuantos miles de años, este idioma que hoy nos parece tan rico y estos pensamientos que estimamos tan excelsos, serán tan pobres y atrasados como nos lo parecería el lenguaje y el pensamiento del hombre cuaternario, caso de que pudiera ser interpretado.

La misma idea de Dios, ni se manifestó en todos los hombres primitivos ni en todas las latitudes tuvo igual sentido. Lo han negado sectas innúmeras y en algunas regiones los indígenas no lo han concebido.

En cuanto al Estado, ese Moloch a quien se sacrifican tantas criaturas, es de invención reciente. No es siquiera obra de los antiguos guerreros. Quizá su concepción, o mejor su constitución, sin concepción, data de Carlomagno. Los grandes capitanes de Roma dejaban su poder al dejar su vida. Alejandro no dió a su improvisado imperio el nombre de Estado. No pudo dárselo, porque el Estado existe desde que se hereda el poder político, como el patrimonio de la familia existe desde que se estableció el mayorazgo. Antes, cuanto un capitán ganaba, otro lo perdía, y las naciones no pudieron constituirse antes de que a las regiones conquistadas se agregaran las herencias. De suerte que en el concepto del Estado, que ya decrece y a quien gente que se estima socialista considera eternamente necesario, representa en la Historia de las sociedades un período cortísimo.

Pero obsérvese que quienes estiman eternamente necesario el Estado son los que pretenden vivir de él, en todos los partidos políticos. Si el Estado no diera sueldo ni honores, estamos seguros que, en nuestros días, no tendría partidarios. Esos mismos que lo defienden, de los partidos políticos avanzados, dejarían de defenderlo si de antemano se les proscribiera de sus ganancias. Es sólo el interés el que hoy defiende al Estado.

Estamos seguros que si la mayoría de los hombres, dentro de su conciencia, pensaran en los servicios que el Estado les prestó y la necesidad que han tenido y pueden tener de él, lo declararían inútil. Falta sólo un pequeño esfuerzo y declarar la producción obligatoria, al objeto de que se habituaran al trabajo los que creen haber venido al mundo para dirigir y mandar.

Ni Dios ni el Estado tienen sitio natural ni humano en un hombre de cierta cultura ni en una sociedad que repudie a los zánganos, por sabios que se digan y por grandes que sean sus méritos. El mayor mérito y la moral mayor es no vivir a expensas de nadie.

UAB Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General CEDOC

En casa de Monín han habido invitados. Una señora, de las que comieron con la familia de nuestro pingüino, le pregunta a éste al marchar:

- ¿Ya ayudas mucho a mamá, Monín?

Y Monín responde:

- Si señora; le ayudo a contar los cubiertos cuando ustedes se han marchado.

En Ruta

ofrenda de la F.I.J.L. a los niños

Kiko ha pasado unos dias en casa de su abuelito, que es un fumador tenaz, y, uno de esos dias, le ha preguntado:

- ¡Abuelito! ¿Por qué fumas?

- Porque me gusta el humo.

- Y si te gusta ¿por qué lo tiras?

El diario de LITO

LITO Y LOS NOVIOS

LA gente más desagradable que existe en el mundo—sin contar los gatos y los dentistas, que se llevan la palma—son los novios y los enfermos. A éstos no hay quien los aguante, porque marean a fuerza de echar discursos interminables sobre su enfermedad; y, aunque a uno no le interese, tiene que soportar la historia de una úlcera, un cálculo al higado o una operación del apéndice.

En cuanto a los novios, peor todavia: no saben hacer otra cosa que suspirar, cogerse de las manos, ruborizarse sin motivos y hablar de tonterias; yo creo que el amor los vuelve un poco idiotas y, al mismo tiempo, orgullosos de su idiotez.

De todo esto que pienso, nada le he contado a Mamá. Y no lo he hecho porque sé de sobra que no me daria la razón: ella tiene una misteriosa simpatia por los novios, y parece sentirse satisfecha cuando descubre que en el barrio hay una nueva pareja de enamorados.

(Lo digo de paso: mamá es especialista en hacer esa clase de descubrimientos; no sé cómo se las arregla, pero ninguno se le pasa por alto. Quizás conozca a los *novios por* el *olor o* por la forma de respirar.)

Bueno: la cuestión es que mi prima Isabel está pasando desde hace unos meses por ese trance. Ha venido tres veces a visitarnos con su novio, un joven muy serio que suspira a pleno pulmón y se pone colorado luego de suspirar. Cada vez que vienen les tengo más antipatia: a ella, por su costumbre de besarme a cada momento, cosa que antes nunca habia hecho, y con lo que quiere poner en evidencia su amor por los niños. Y a él, porque me aburre contándome cuentos tontos: cosa que—también me he dado cuenta—le sirve como demostración de que tiene condiciones para ser papá.

Hace unos dias, Isabel vino sola a casa. Y antes de que viera a mamá, con la que suele encerrarse para contarle sus novedades amorosas del dia, decidi hablarle sin que nadie nos molestara.

—Oye—le dije—. ¿No te aburres de escuchar suspirar a tu novio?

Naturalmente, ella se apresuró a decir que no.

—¿Estás loco, Lito? Con Raúl no me aburro nunca: es muy simpático. ¿A ti no te gusta?

—Mira, yo no soy novia suya —respondi—; quizás por eso no acabe de gustarme. Además, parece que lo único que supiera hacer fuera mirarte.

—Eso quiere decir que me quiere—contestó con orgullo.

—Bueno; yo quiero a papá, pero no lo miro tanto.

—¡Es distinto!—afirmó.—El me quiere de una forma diferente a la que tú quieres a tu padre.

—¿Y por eso suspira?—pregunté.

Ella pareció sentirse incómoda.

—No sé si es por eso... Además, no suspira tanto como dices.

—¡Ya lo creo que sí!—contesté.—Suspira, se pone colorado, vuelve a suspirar y se vuelve a poner colorado. Me lo sé de memoria.

—Te fijas demasiado en detalles que no te importan—murmuró de mala manera, sin mirarme—. Eres un niño muy curioso, y...

Pensé que Isabel iba a empezar un sermón, y la interrumpi:

—Bueno, quizás tengas razón: Raúl no suspira, estamos de acuerdo. Pero dime: ¿por qué os cogéis siempre las manos?

—Porque nos queremos—contestó con el mismo orgullo de antes.

—¿Y para quererse hay que coger las manos?

—¡Qué tonteria! Eso depende de los gustos...—dijo bastante confundida.

—Quiere decir que a él le da por ahi, como podria darle por cogerte del cabello—reflexioné—. Bueno, será asi. Ahora quiero saber si Papá y Mamá también han sido novios. ¿Tú lo sabes?

—Naturalmente: antes de que llegaras tú, ellos fueron novios.

Me quedé un momento en silencio.

—¿Y eran novios como tú y Raúl?—pregunté al fin.—¿Suspiraban y se cogian de las manos?

—Creo que sí.

—¡Y yo creo que no!—dije con energia.—Mamá y Papá no son gente capaz de hacer esas tonterias. Ellos no saben suspirar: toser o estornudar, sí; pero suspirar, no. ¿Todavia no los conoces? ¿Lo imaginas acaso a él poniéndose colorado y rascando las manos de Mamá? ¡Ni hablar! Ellos han sido unos novios distintos, que discutian y estornudaban como discuten y estornudan ahora...

Isabel no me contestó, y se marchó riendo a carcajadas. Seguramente le ha dado rabia lo que le dije; pero eso no quita que sea la pura verdad. ¡A quién se le ocurre comparar a Raúl con papá! Vamos, que esta novia está loca...

Y estoy seguro que, a partir de ahora, la pareja se sentirá incómoda delante mio. A cada suspiro de Raúl, le guiñaré un ojo a Isabel: veremos quién se cansa antes.

*

LA SEMANA PROXIMA: «LITO Y LA HERMANITA»

LA CALANDRIA, sus hijos y el dueño del campo

LAS calandrias hicieron sus nidos en un campo de trigo, cuando los tallos estaban crecidos, o sea, en plena primavera.

Uno de estos pájaros había dejado pasar buena parte de la primavera sin preocuparse de construir su nido.

Por fin, creyó llegado el momento, y se dispuso a preparar sus cosas. Construyó su nido, puso en él los huevos, los incubó y deseaba nacieran cuanto antes sus polluelos.

Los trigos del alrededor fueron madurando antes de que las pequeñas calandrias tuvieran fuerza suficiente para emprender por sí mismas el vuelo y vivir libremente.

Su pobre madre iba diariamente de un sitio a otro buscando alimento para sus hijitos; y cada vez que salía advertia a sus pequeños que vigilaran mucho, ya que ella no podía estar siempre de centinela para guardarles.

— Si viene el dueño del campo con sus hijos, escuchad bien lo que digan, les decía la calandria; pues según lo que sea, tendremos que marcharnos rápidamente de aquí.

Un día, a los pocos momentos que la calandria habia dejado a sus pequeños, el dueño del campo llegóse hasta allí acompañado de sus hijos.

— Estos trigos están ya maduros, dijo el padre. Vais a ir a casa de nuestros amigos a rogarles que mañana, al salir el sol, estén todos aquí, provistos cada uno de una hoz, para segar el trigo rápidamente.

Cuando la calandria regresó a su nido, encontró muy alarmados a sus hijos, y ninguno de ellos tenía ánimo suficiente para comunicarle la triste noticia, hasta que uno, al fin, empezó diciendo:

— Ha dicho que mañana, al salir la aurora, haría venir a sus amigos para ayudarle a segar.

— Si no ha dicho más que eso, respondió la calandria, no hay motivo que nos obligue a cambiar de paraje con tanta urgencia.

Mañana es cuando tenemos que escuchar bien lo que dicen; mientras tanto, podéis estar tranquilos y contentos, y comer con gusto lo que allí os llevo.

Después de comer, durmieron tranquilamente lo mismo los hijos que la madre.

El alba del nuevo día llegó y todos los amigos del dueño se presentaron puntualmente en el campo.

La calandria emprendió entonces un vuelo bajo para enterarse mejor de lo que se proponían hacer.

— Estos trigos no deberían segarse todavía, dijo uno de ellos. Mi amigo está equivocado. Lo mejor sería avisarle que no viniera, pues hasta dentro de unos días no estarán en su punto de madurez.

La calandria regresó a su nido más contenta que nunca; pero los pajaritos estaban algo alborotados, pues habían oído murmullos de los hombres, y creían estar próximos a tener que partir; pero su madre les calmó, diciendo que podían dormir un poco más, completamente tranquilos.

El dueño del campo menudeaba sus visitas a su trigo; pues le parecía a él que ya estaba bastante sazonado; y así, dijo un día a sus hijos:

— Nuestra equivocación es extremada, pues no deberíamos escuchar a nadie más que a nosotros mismos. El mejor amigo de cada uno es uno mismo. Acordáos siempre de esto.

¿Sabéis lo que deberíamos hacer ahora? Coger una hoz cada uno de nosotros e ir segando el trigo; y acabaremos cuando podamos, pero sin necesitar la ayuda de nadie.

Al oír esto la calandria dijo a sus hijos:

— ¡Es ahora cuando tenemos que partir, hijos míos!

Entonces, todos ellos emprendieron un vuelo defectuoso, pues tan pronto caían como se elevaban; pero poco a poco, fueron separándose de su nido, sin hacer ruido, pero con grandes penalidades.

Este cuento nos indica que todo debe hacerse a tiempo: si la calandria hubiera construído oportunamente su nido, sus hijos hubieran estado crecidos y fuertes en el momento de tener que salir de él. También puede enseñarnos que si el dueño del campo no se hubiese dejado guiar antes por falsos consejos, hubiera segado antes y mejor el trigo de su campo.

¡OTRO MAS!

Los jóvenes libertarios de Tignes (Savoie) han considerado necesario que la página infantil de RUTA tenga sin desfallecimiento los dibujitos de rigor, y a tenor de su consideración nos han remitido 3.250 francos.

¡Bravo por los jóvenes de Tignes!

¿A quién le toca le turno?

¿Sabías que...?

DESCUBRIMIENTO de la PERLA

EL origen de la perla, esa bella alhaja de purisimo oriente que lleva en sí el más vivido esplendor, ese precioso adorno único en el mundo que no debe nada al arte, y que al beso de la aurora centellea, se remonta a épocas antiquisimas. Según la mitologia india fué el dios Vichnú quien la descubrió: él mismo la sacó del Océano para adornar a su hija Paudaia.

La perla fué muy estimada por los babilonios. Los proverbios de Salomón hacen mención de ella. Cleopatra llevaba en sus orejas dos perlas que habian costado la crecida suma de 3.800.000 pesetas, y en un rasgo de exótico capricho disolvió una de ellas en vinagre y se la tragó.

¿Cómo se forma la perla? Cuando la ostra es pequeña flota en la superficie del mar, sin concha, como si fuese un pedacito de gelatina. Una vez formada la concha, a medida que se hace pesada para flotar, se hunde; allá en el fondo del mar permanece pegada a un cuerpo cualquiera. Para alimentarse abre sus valvas, permitiendo que penetre el agua del mar. Las pequeñisimas particulas que lleva el agua le sirven para su mantenimiento y desarrollo.

Las aventuras de CASCABEL

Cascabel, *de paseo*

SEGUN parece, Cascabel ha dedicado el domingo a pasear, guiado, sin duda, por el simple deseo de distraerse. En sus intenciones no estaba visitar ningùn museo, ni ninguna biblioteca ni ningùn monumento. Quería tan sólo pasear. Y asi ha sido como Cascabel ha emprendido camino por las calles de una ciudad.

Lo que primero observó, a pesar de no querer ni siquiera observar, fué que existia, cerca del rio que atraviesa la ciudad en que Cascabel paseaba, un puestecito de libros y que, en él, un viejecito se afanaba en llamar la atención a los paseantes, gritando unas veces su mercancia y agitándola con sus manos otras. Cascabel, naturalmente, se acercó al librero y, curioso como siempre, le preguntó:

—¿Por qué vende usted libros en vez de caramelos, o bizcochos u otra cosa de las que a los niños les gustan?

Y el viejecito, que lo era tanto o acaso más que el abuelito, de quien varias veces hemos hablado, repuso a Cascabel:

—Precisamente vendo libros porque en ellos suele encontrarse mayor dulzura que en los propios caramelos.

Cascabel estuvo tentado de hincar sus dientes en un tomo de geografia, pero el viejecito que vendia libros no le dió tiempo, explicándole el significado de sus palabras:

—No creas—dijo—que sólo es bueno lo agradable al paladar. También es bueno lo agradable al espiritu, y entre las cosas buenas no conozco ninguna que lo sea tanto como el saber. La lectura es la mayor parte de las veces instructiva, pues no existe ningún ser en el mundo que no sea capaz de enseñar a cualquier otro sér alguna cosa. Y, amigo mio, el que no se deleita aprendiendo debe ser muy torpe y muy pobre.

Cascabel no comprendió todavia con claridad al vendedor de libros, y por esa razón, presumiendo que algo que él no alcanzaba a interpretar querian decir las palabras del anciano, le preguntó:

—¿Y qué tienen que ver los pobres y la lectura?

—¡Ah!—exclamó el anciano.—Se me olvidaba explicarte que no sólo se es pobre por no poder comprar cosas; se es también muy pobre por no saberlas comprar: hay quien compra automóviles y es inmensamente pobre, porque no ha sido capaz de comprar libros. Los libros no son un lujo: son un alimento, son la enseñanza, el saber, y quien no sabe es pobre aunque tenga automóviles.

—Pero, ¿por qué le llama alimento a los libros?

—Porque son el alimento de la inteligencia. Es de ellos de donde surge la fuerza que da forma y fondo a la inteligencia del hombre. Es, pues, un alimento espiritual.

Cascabel se rascó una orejita, y, tras pensárselo un poco, exclamó:

—¡Déme, pues, un kilo de libros, de alimento espiritual!

*

Menos mal que dias después, cuando hubo leido los hermosos libros que el librero le vendió, comprendió, por fin, que los libros son más útiles que las golosinas, y, aunque no ha renunciado del todo a los bombones, ahora compra, de vez en cuando, algún bonito libro con el que instruirse y del que aprender muchas cosas bellas.

Las orejas de la liebre

UN animal con astas hirió un dia al león, dándole un par de cornadas, a las que el rey de los animales no pudo resistir; pero este rey de los animales, lleno de orgullo, ordenó que todos aquellos que tuvieran cuernos en su frente, se trasladaran inmediatamente a otras regiones, lejos de su reino.

Las cabras, carneros y bueyes, se retiraron hacia otros parajes; y los gamos y ciervos, cambiaron de clima tan pronto como supieron esta orden tan radical.

Un dia llegó a dicho campo una orejas, tan largas, temió que tal vez podrian ser tomadas por cuernos y decidió partir como los demás animales que realmente poseían astas.

—Adiós, amigo grillo, dijo a su vecino: me voy de aquí, pues mis orejas, al fin, serían vistas como cuernos también; y aun cuando las tuviera más cortas que un avestruz, creería lo mismo que ahora.

—¿Cuernos esto?—respondió el grillo riéndose—. ¿Creéis que soy un alma de cántaro para creerme tal tontería? Vuestras orejas son completamente inofensivas.

—Tú puedes creerlo así, pero alguien las tomará por cuernos, dijo el vanidoso animal; y aún por cuernos de unicornio, añadió hinchándose más; y aun cuando yo protestara de ello indudablemente me harian poco caso.

LA LIEBRE Y LA PERDIZ

NADIE debe burlarse nunca de los pobres, pues, ¿quién asegura que podrá ser uno siempre feliz? El sabio Esopo, en esta fábula, nos da un buen ejemplo sobre el cual conviene meditar.

Una liebre y una perdiz, vivian en el mismo campo en una aparente tranquilidad.

Un dia llegó a dicho campo una cuadrilla de cazadores; la liebre procuró esconderse en seguida; pero, al andar, iba dejando tras de sí el olor que más tarde la denunció; pues los perros, después de filosofar y olfatear unos momentos, vieron claramente que se trataba de este animal, y se alborotaron grandemente.

Siguiendo el rastro, encontraron casualmente a la perdiz, y le preguntaron el paradero de la liebre: y como la perdiz nunca mentía, declaró que la liebre habia huido.

Pero la liebre no estaba tan lejos como la perdiz suponía y oyó todo lo que ésta decía de ella.

Esperanzados los perros por lo que oyeron a la perdiz y animados al ver ponderadas por ésta la fuerza y resistencia de sus piernas para correr, emprendieron rápida carrera en la dirección que la perdiz les indicó.

Al verlos ya bastante lejos, salió la liebre de su escondite y, presa de gran furor, se echó sobre la perdiz, matándola.

Es indudable que la perdiz habló demasiado y que no debia traicionar a su amiga delatándola a los perros: sin duda se mostró tan locuaz con ellos, porque creía que, en caso de necesidad, sus alas la salvarian.

Pero ya véis cómo no fué así: la seguridad que tenemos en nuestros medios resulta muchas veces fallida.

El Leôn y la Cabra

Un señor león andaba como un perro
Del valle al monte, de la selva al cerro
A caza, sin hallar pelo ni lana,
Perdiendo la paciencia y la mañana.
Por un risco escarpado
Ve trepar a una cabra a lo encumbrado,
De modo que parece que se empeña
En hacer creer al león que se despeña.
El pretender seguirla fuera en vano;
El cazador entonces cortesano
La dice: baja, baja, mi querida;
No busques precipicios a tu vida;
En el valle frondoso
Pacerás a mi lado con reposo.
¿Desde cuándo, señor, la real persona
Cuida con tanto amor de la barbona?
Esos halagos tiernos
No son por bien, apostaré los cuernos.
Así le respondió la astuta cabra;
Y él se fué sin replicar palabra.

Lo paga la infeliz con el pellejo,
Si toma sin examen el consejo.

Invento de la bomba para elevar el agua

NO se tiene certeza de su inventor. Se afirma que el origen de la bomba para elevar agua se remonta a 222 años antes de Jesucristo, en cuya fecha se empleaba ya en Egipto. Agrégase también que un señor llamado Tosibio, matemático que vivió en Alejandría 120 años antes de Jesucristo, figuró más tarde como reformador de estas máquinas conocidas con anterioridad.

Las bombas para liquidos se dividen en tres grupos: bombas aspirantes, bombas impelentes y bombas aspirantes impelentes.

Pueden ser bombas centrifugas, bombas rotativas de uno o dos ejes.

Pueden ser también bombas de pistón, que se subdividen según el pistón, ya sea hueco, macizo o sumergido.

INVENTO DEL RELOJ

BEZORUS, astrónomo caldeo, inventa el primer aparato serio para medir el tiempo. Junto con otros relojes de sol, fué colocado en los obeliscos egipcios, después de cuyo examen se determinó que el de Bezorus era el de mayor aceptación. Cuatrocientos cincuenta años antes de Jesucristo.

Los relojes se mueven cuando la potencia es comunicada al muelle al darle cuerda. El muelle contiene energías que son transmitidas gradualmente a las ruedas del reloj, haciéndolas girar y mover las manecillas que están a la vista.

Dicho lo anterior, continuaremos la información sobre los relojes en orden cronológico. Citaré el reloj de agua, el cual se inventó en el reinado de los Ptolomeos, 125 años antes de la Era cristiana. Este reloj se utilizaba más en invierno, cuando el Sol estaba oculto por las nubes.

Pedro Henle, en el año 1510 de la Era cristiana, inventa el reloj de bolsillo en Nuremberga, y en el 1655, también de la Era cristiana, Cristián Huygens inventa el reloj de péndulo.

El primer reloj de agua tenia un mecanismo muy sencillo. Para sonar las horas se provocaba, por medio de simples ligaduras, la caída de una bola sobre una cazuela de bronce. Pero aun aceptando esta sencillez, si comparamos los relojes de sol y de arena, el reloj de agua juega un papel preponderante en la medición del tiempo hasta los últimos años del siglo XIII. Aun después de la invención del reloj mecánico siguió en uso hasta el siglo XVIII de la Era cristiana.

El algodôn

EL uso de esta fibra se remonta a tiempos antiquisimos. Se supone que fueron los egipcios quienes llegaron a descubrirlo.

En tiempos de Herodoto empleaban el algodón para la fabricación de sus tejidos.

Referencias de Teofrastro, Estrabón y Plinio prueban que en su tiempo se encontraba ya muy extendida la fabricación de tejidos de algodón.

UAB Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General CEDOC